

OLGA SALAR

UNA DAMA
perversa

Una dama perversa

Serie Damas #1

Una dama perversa.
© Olga Salar.
Primera edición: enero 2020
Fotografía de portada: Munyxdesign. Istock Photo.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

***“Le di mi corazón, lo cogió, lo pisoteó hasta dejarlo sin vida y
me lo devolvió luego.”***

Emily Brontë, Cumbres Borrascosas.

Prólogo

Londres, 1819

Lord Andrew Manners, duque de Grafton, temblaba de rabia contenida mientras atravesaba a toda prisa y a pie, Grosvenor Square. Ni siquiera se había molestado en pedir su carruaje, no tenía tiempo para eso. Estaba más que dispuesto a mandar al infierno los buenos modales y las apariencias si con ello llegaba antes a su destino.

La nota de Judith y las lágrimas que se adivinaban en el papel emborronado, eran lo bastante importantes como para que se olvidara, por unos instantes, de lo que se suponía que debía hacer un noble de su categoría.

De dos zancadas, cubrió los escalones que llevaban a la puerta principal de la mansión londinense del vizconde de Portman, y entró en la casa.

Milford, el mayordomo de su hermana, debía de haber estado al acecho porque se hizo innecesario cualquier aviso de su presencia, ya que la puerta se abrió en cuanto Andrew pisó el último escalón.

—¿Cómo está mi hermana? —bramó sin ceremonias.

El criado negó con la cabeza.

—¿Y mi sobrino? —preguntó al tiempo que se quitaba el sombrero y la chaqueta, y se los tendía.

—En la cocina, excelencia. Louise se lo ha llevado allí para que ni viera ni oyera nada.

—¿El vizconde?

El mayordomo volvió a negar.

—¿El maldito bastardo ha huido? ¿De nuevo? —dijo mirando alrededor como si fuera posible que el canalla estuviera allí.

El criado asintió.

—Se ha marchado a Dover después del altercado. —Andrew notó el modo incómodo en que el sirviente dijo la última palabra de su discurso.

Era demasiado educado como para usar otro término más preciso.

—¿La vizcondesa viuda no ha venido a Londres a pasar la temporada?

—No, excelencia. Su salud no se lo permite —explicó el mayordomo.

—Entonces, ¿ha huido a buscar refugio en casa bajo las faldas de su madre? ¡Maldito cobarde! —gritó, saliendo disparado en busca de su hermana mayor.

Subió las escaleras de dos en dos, con el corazón en un puño. No era la primera vez que el vizconde golpeaba a Judith, no obstante, sí que era la primera ocasión en que su hermana lo llamaba tan pronto tras el incidente.

Normalmente ella se escondía durante semanas en casa, alegando cualquier indisposición y se negaba a ver nadie, especialmente a su hermano, que se encontraba la puerta de su dormitorio cerrada a cal y canto cuando acudía a visitarla, alertado por los criados. En esas ocasiones, no queriendo hacerla sentir peor, Andrew delegaba en Milford su cuidado, y era a través del mayordomo por el que se enteraba de la evolución de sus heridas.

Cuando el periodo de enclaustramiento se alargaba más de la cuenta, Andrew se llevaba a Robert consigo, para que el pequeño no fuera consciente de la clase de bastardo que era su padre.

El vizconde los había engañado a todos. Durante su cortejo a Lady Judith, se había mostrado respetuoso y completamente enamorado. La sociedad decía de él que era un completo caballero, la personificación de la nobleza y, durante un tiempo ni Andrew ni su hermana habrían levantado la voz en su contra. Hasta que llegó el primer golpe y Judith dudó de que fuera culpa suya, ¿cómo podía alguien tan perfecto como el vizconde hacer algo así a su esposa si no era porque esta había hecho algo mal?

La vizcondesa tardó años en contarle al duque la pesadilla que vivía en su casa, pero entonces ya había nacido Robert y la situación era más que delicada. Por ellos, los dos hermanos, conscientes de la opinión que la sociedad tenía del vizconde, idearon la mejor manera de acabar con la situación.

El duque cruzó la puerta del dormitorio sin molestarse en llamar, y la rabia le subió por la garganta, amarga y repugnante, como la hiel.

—¡Jud! —murmuró apenas con voz.

Su hermana mayor, la mujer que lo había protegido de la excesiva disciplina de su padre y de la indiferencia de su madre, estaba destrozada, hecha un guiñapo sobre la cama.

La vio alargar el brazo para llamarle y Andrew tuvo que controlar las lágrimas y las náuseas que pugnaban por salir. La opresión en su pecho se hizo más intensa y sofocante. Notó que le faltaba el aire y boqueó para llevarlo a sus pulmones.

Se acercó a la cama y extendió una temblorosa mano para acariciarle la magullada mejilla.

—Jud, tenemos que llamar al médico —dijo con la voz estrangulada por la emoción.

Estaba decidido, iba a matar al bastardo. Y lo iba a hacer del modo que se merecía, de una paliza en la que le rompería cada uno de sus repugnantes huesos hasta que el dolor lo volviera completamente loco. Los de su calaña no se merecían un duelo entre caballeros, porque no lo eran. Era un maldito canalla que golpeaba a su esposa y contra el que no podía hacer nada. La ley se lo permitía, su hermana era de su propiedad. Y podía disponer de ella a su antojo para hacer lo que quisiera que deseara.

—Andrew, no —musitó ella mirándolo con fijeza con el único ojo que podía abrir.

—Voy a matarlo, Jud. Esto no puede continuar así —dijo, adivinando el motivo de las palabras de su hermana.

—No puedes, querido. Piensa en Robert, no podemos permitir que haya un escándalo a su alrededor.

—¿Entonces? ¿Qué esperas que haga? ¿Qué me quede de brazos cruzados viendo cómo te mata? Cualquiera día de estos va a terminar contigo en el panteón familiar.

—No, Andrew, vas a casarte, y cuando lo hagas, Robert y yo nos trasladaremos contigo a Essex. Después de todo, tendré que mostrarle a tu esposa todos los secretos de Euston Hall.

—¿Una boda? —ese había sido el plan inicial, el problema era que ya no estaba tan seguro de que funcionara—. Eso no es

suficiente, Jud. Puede que te permita quedarte conmigo un par de meses, pero una boda no solucionará nada. Además, Essex está a solo dos horas de Londres. Demasiado cerca.

Jud trató de convencerse de que podía conseguirlo, por su propio bien y por el de su hermano.

—Dependerá de a quién escojas, querido. Todo depende de eso. Además, una vez que esté lejos de aquí, nada ni nadie conseguirá que regrese con él, aunque me vea obligada a dejar Inglaterra para siempre.

—No tendrás que marcharte —prometió, aunque no sabía cómo iba a conseguir mantener su palabra—. Déjalo todo de mi cuenta.

Capítulo 1

Lady Sophia Carroway estaba decidida a llevar hasta las últimas consecuencias su plan. Era su segunda temporada y, aunque, Phillip, el vizconde de Edgehill, se había mostrado comprensivo el año anterior en su presentación en sociedad, en su segundo año estaba decidido a casar, al menos, a una de sus hermanas. Lo que este desconocía era que Sophia pretendía lo mismo que él: encontrarle un esposo apropiado a su gemela, Agnes, aunque para ello tuviera que mostrarse amable y agradable con cualquier caballero que se le acercara. Después de todo, escoger un marido para su hermana era una tarea que se tomaba con mucha seriedad, y necesitaba evaluar el carácter de sus posibles pretendientes para escoger el que mejor se adaptara al de ella.

Su prioridad esa temporada era encontrar al esposo perfecto para su tímida hermana, y no había nadie mejor que Sophia para dar con el caballero que hiciera latir desbocado el romántico corazón de su gemela.

Por ese preciso motivo, se encontraba en el baile de los marqueses de Hawkscliffe dispuesta a pelearse, a base de encantadoras sonrisas y sutiles coqueteos, con las matronas que trataran de robarle el pretendiente adecuado; después de todo, Alice, la marquesa de Hawkscliffe, había organizado el baile con la idea en mente de encontrarles marido a sus queridas protegidas, las hermanas de su íntima amiga. Por todo ello, a juicio de Sophia, dicha relación le confería prioridad para escoger sobre el resto de las debutantes.

Andrew Manners, duque de Grafton estaba comenzando a perder las esperanzas. Ya había observado a más de la mitad de las damas que aparecían en la lista de posibles esposas, confeccionada por su hermana, y ninguna de ellas le parecía lo suficientemente conveniente para desempeñar la labor de ser su esposa.

Puede que las damas estuvieran bien relacionadas, pero, tras observarlas, había llegado a la conclusión de que ninguna de ellas sería capaz de soportar lo que vendría tras su boda, por ello las había tachado de la lista mientras esta menguaba sin remedio.

La siguiente era la hermana del vizconde de Edgehill, cuya vizcondesa era a su vez hermana del marqués de Hawkscliffe. Si bien por familia estaba al inicio de su lista, ya que tenían grandes conexiones, tanto con el marqués como con el duque de Rothgar y su familia, había bajado unos puestos en la lista por su inexistente interés en el matrimonio. No era un secreto que en su primera temporada había rechazado siete propuestas de matrimonio, todas ellas perfectamente aceptables. Lo que la convertía en una candidata reacia y el duque no disponía de tiempo para esa clase de complicaciones.

Por todo lo demás era perfecta, como ninguna otra lo era.

Su carácter era justo lo que Andrew necesitaba que fuera para ser su esposa, dadas las razones por las que la buscaba.

Con la única finalidad de decidir si solicitaba una presentación formal o se convertía en otro tachón en su lista, se dedicó a observarla desde una esquina.

Llevaba un mes de infructuosa búsqueda, acudiendo a bailes casi cada noche para ver las mismas caras y la misma actitud avergonzada y desvalida en las damas a las que había invitado a bailar. No obstante, Lady Sophia Carroway no parecía de ese tipo.

De hecho, su sonrisa parecía auténtica, aunque sus ojos se mostraban evaluadores. Lucía un vestido de gasa azul celeste sobre satén blanco. El corte bajo dejaba los hombros y el escote al aire, lo que permitía apreciar la blancura de su piel. El corpiño dibujaba su silueta ciñéndose en la cintura desde donde caían unas faldas voluminosas y elegantes, que el duque había visto chocar una y otra vez con las piernas de los caballeros que la rodeaban. Inesperadamente se sintió molesto, aun así, se mantuvo alejado asimilando cada detalle de ella.

Tras observarla durante casi una hora, en la que Lady Sophia habló y sonrió a seis caballeros que se acercaron a atenderla, sin duda interesados en su belleza y su dote, llegó a la conclusión de

que, fuera cual fuera la razón, ella había cambiado de opinión y estaba buscando esposo. Emocionado con que la búsqueda hubiera terminado, decidió que él mismo estaba dispuesto a ofrecerle en bandeja lo que deseaba.

Con una estudiada sonrisa de seguridad y cordialidad, se acercó hasta el pequeño grupo formado por la dama y varios caballeros visiblemente encandilados por sus encantos. Aprovechando que su primo el duque de Rutland estaba entre ellos, se aproximó a saludarle con la clara intención de solicitar ser presentado a la dama que era el centro de la reunión.

El barón Dacre pareció molesto ante su inesperada presencia, aunque se mostró cordial al saludarlo no queriendo ofenderle. Todo lo contrario que el Vizconde Torrington, quien estaba felizmente casado, y era amigo desde sus años en Eton, que le recibió con abierta alegría. Su primo, como siempre, pareció complacido con su presencia y Lord Townshend, con quien apenas tenía trato, se limitó a saludarle a la espera de que su amiga le diera el visto bueno.

Aunque era la primera vez que observaba a Lady Sophia, como miembro de la alta sociedad, el duque de Grafton estaba al tanto de la estrecha amistad que unía a Lord Townshend con las gemelas Carroway.

Tras los saludos de rigor, el duque de Rutland, su primo, le presentó a la dama y Andrew pudo observarla de cerca, asombrado de que fuera mucho más hermosa de lo que le había parecido en la distancia. Su cabello oscuro contrastaba con la claridad de su piel y el azul de sus ojos era tan intenso que cualquiera se podría ahogar en ellos.

—Encantada de conocerlo, excelencia. Me alegra que por fin se haya decidido a acercarse a nosotros.

—¡Sophia! —exclamó Lord Townshend. El único que podía permitirse el lujo de llamarla de ese modo delante de gente sin escandalizar a la alta sociedad.

No era un secreto para nadie que eran amigos íntimos y que prácticamente se habían criado juntos.

Andrew abrió los ojos con auténtica sorpresa, no por la actitud de Townshend, sino por el comentario de la dama en sí.

—¿Disculpe, milady?

Ella le ofreció una sonrisa deslumbrante, que se clavó en el corazón de todos los presentes, a pesar de ir destinada solo a él.

—Lleva gran parte de la noche observándonos. Pensaba que no se decidiría a aproximarse a nosotros. Jamás creí que fuera de naturaleza tímida, excelencia.

Ante tal inesperada muestra de franqueza, él soltó una carcajada de sorpresa y diversión. Por primera vez en mucho tiempo estaba disfrutando de una conversación con una joven dama. Quizá porque ella no parecía estar interesada en agradarle.

Aun así, era evidente por el brillo malicioso de sus ojos, que no se había atrevido a decir lo que realmente pensaba, que era a ella a la que había estado observando, no al grupo en general.

—Creo que es la primera vez que nadie me acusa de ser tímido, milady —dijo con auténtica diversión.

Ella sonrió con frialdad.

—Lamento la confusión, excelencia. Jamás me atrevería a acusarlo de nada. Me he limitado a aventurar el motivo por el que nos observaba sin acercarse.

—No puedo negar que es cierto, Lady Sophia, es usted de lo más interesante de observar de esta velada —respondió él directo al punto.

Ella lo evaluó con el ceño fruncido, al tiempo que trataba de adivinar si lo decía de verdad o tan solo pretendía burlarse de ella.

Andrew adivinó sus pensamientos. Le ofreció una amplia sonrisa junto con una exagerada reverencia, sin preocuparse por el interés que su conversación con la dama estaba generando a su alrededor.

—Le aseguro que soy completamente sincero.

Tal y como había esperado, ella no se acobardó por el comentario.

—No sé hasta qué punto es usted alguien en quien se puede confiar, excelencia. No puedo negar que he escuchado cosas sobre usted que me hacen plantearme la veracidad de sus palabras.

—Querida, creo que necesitas un poco de aire fresco —intervino Townshend, consciente de lo grosera que estaba siendo su amiga.

Lo mejor era sacarla de allí cuanto antes. De momento, el duque parecía estar divirtiéndose con su descaro, pero si Sophia seguía hablando de ese modo pronto acabaría insultándole más profundamente de lo que había hecho hasta el momento.

—Me encuentro perfectamente, Martin —dijo sin siquiera mirarle. Su atención seguía fija en el duque.

—Lady Sophia, es usted tan inteligente como había supuesto —intervino Lord Adler, duque de Rutland.

Ella sonrió con fingido recato.

—Gracias, excelencia.

El duque de Grafton se dio cuenta, tras la intervención de su primo, de que ella estaba molesta por su presencia. No sabía qué era lo que había hecho, quizá desviar la atención de Rutland, pero fuera lo que fuera no había duda de que la dama no se sentía halagada por su interés.

—Estoy completamente de acuerdo con la apreciación de mi primo —comentó él tratando de recuperar su atención.

—¿Está aceptando con eso que no es de fiar, excelencia? —lo aguijoneó ella.

—Nada más lejos de mi intención, Lady Sophia, tan solo me muestro de acuerdo en que es usted tan inteligente como hermosa.

Ella sonrió y Andrew se permitió pensar que en esta ocasión era sincera.

—Supongo que es usted mucho más amable de lo que había esperado —le espetó ella, sin dejar de sonreír.

—Me alegra sobre manera que se haya tomado la molestia de pensar en mí —respondió él completamente satisfecho de que ella no se sonrojara con su réplica.

Definitivamente Lady Sophia Carroway era la indicada para ser su esposa.

Capítulo 2

Sophia estaba tan molesta que, a pesar del cansancio acumulado tras la fiesta, no era capaz de conciliar el sueño. En el baile de Lady Alice, todo estaba yendo según lo previsto, el duque de Rutland se estaba destapando como el pretendiente perfecto para Agnes, e incluso había invitado a su hermana a bailar sin necesidad de que Sophia le insinuara que lo hiciera, pero entonces el duque de Grafton había hecho acto de presencia y sus posibilidades de evaluar a Rutland hasta tomar una decisión firme sobre su idoneidad se evaporaron.

Desde que se acercó hasta su grupo, con su atractivo imponente, se dedicó a monopolizar la conversación, con lo que le fue imposible seguir con su tarea de diseccionar a Rutland con el fin de elegirle como cuñado.

Incluso había evitado que bailara con él, usurpando su puesto en su cartilla de baile. De modo que se había visto obligada a bailar con Grafton en lugar de con su primo. Y, aunque había tratado de llevar la conversación por ese terreno, el duque se había mostrado poco comunicativo al respecto y se había quedado con ganas de descubrir información sobre el carácter del duque de Rutland.

—¿Está usted interesada en mi primo? —le había preguntado él sin mucho tacto. Sus ojos verdes estaban clavados en los de ella como si pudiera saber si mentía con solo mirarla.

—¿Cómo dice? —había preguntado ella asombrada por su pregunta directa.

—Me ha escuchado perfectamente, milady. Considero innecesaria una repetición —había dicho él, visiblemente molesto por algo que Sophia no lograba adivinar.

Aun así, sin saber el motivo por el que lo hacía, ella le había contestado más sinceramente de lo necesario.

—Tengo la sensación de que podría ser un cuñado adecuado.

—¿Cuñado?

Tras semejante confesión inesperada, Andrew se planteó la posibilidad de cambiar su decisión y cortejar a Lady Agnes en lugar de a su hermana, después de todo ambas mujeres tenían las mismas amistades y conexiones familiares. ¿Qué importancia tenía que no fuera la hermana de su lista? Media parte del trabajo estaría hecha, ya que ella sí que buscaba esposo mientras que Lady Sophia no lo hacía. No obstante, y a pesar de que acababa de conocerla la idea, de intercambiarla por su hermana como si fuera una corbata que le quedaba mejor a su traje le pareció imposible e incluso irritante.

—Exactamente —estaba diciendo ella ajena a su debate interno.

—¡Entiendo! —había respondido cuando su mente dejó de dar vueltas—. En ese caso le deseo suerte, porque estoy casi seguro de que mi primo no tiene intención de atarse a corto plazo en un matrimonio.

—¿Pero es un duque?

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Necesita un heredero. Es su deber proveer al ducado con un sucesor.

Grafton había hecho un gesto desdeñoso antes de responder.

—Todavía tiene tiempo para eso. Quizás se lo plantee el próximo año que cumple treinta.

—¿Cómo lo sabe con tanta seguridad?

—Es mi primo. Nuestras madres son hermanas. —Y añadió con malicia—. Si está tan interesada en él debería de haberle investigado correctamente.

Ella no pudo replicar nada puesto que tenía razón.

—De cualquier manera, deme un día y descubriré si existe alguna posibilidad de que valore casarse este año, y, por supuesto, si su hermana se encuentra en la lista de candidatas.

—¿Por qué va a ayudarme? —preguntó ella sorprendida.

—Me gustaría que me viera como su paladín —dijo con una sonrisa tan sensual que Sophia fue incapaz de responder.

Consciente de que no iba a poder dormir, Sophia se levantó del lecho, se puso la bata que la doncella había dejado cuidadosamente

doblada a los pies de su cama y, con el máximo sigilo, salió de su dormitorio para dirigirse al de su hermana.

Tal y como había esperado, Agnes estaba acostada con un libro entre las manos. No pareció sorprenderse por su presencia, se limitó a sonreír y a destapar las mantas para que se metiera en la cama junto a ella.

—¿Qué haces leyendo tan tarde? —preguntó al tiempo que se acurrucaba a su lado.

—No tenía sueño. Y tú, ¿por qué no duermes? Debes de estar agotada. Te has pasado toda la noche bailando.

—Estaba pensando —respondió con franqueza.

Tenía que estar segura del posible interés de su hermana antes de decidirse por Rutland. No era buena idea asociarse con el duque de Grafton sin tener la certeza de que Agnes aceptaría al duque de Rutland como esposo.

—¿En qué pensabas?

Sofía alzó la cara para observar a su hermana, tan parecida a ella, y tan distinta al mismo tiempo. Las diferencias entre ambas no se limitaban al carácter, físicamente también se observaban pequeñas diferencias. Sophia era unos centímetros más alta que su hermana y sus ojos, aunque eran del mismo tono de azul, eran un poco más rasgados que los de ella. Sus labios tenían una adorable forma de corazón mientras que los de Agnes eran más llenos y sensuales.

—En que el duque de Rutland es perfecto para ti —dijo sin preámbulos.

Su hermana sonrió con afecto y, ¿algo más? Sophia no estaba segura y, dado lo directa que había sido, lo mejor era no preguntar más.

—Ya sabía yo que estabas tramando algo —dijo con un suspiro—. No me digas que todo el escándalo que montaste para que Phillip nos diera permiso para que Madame Fontaine nos confeccionara vestidos nuevos para esta temporada era porque pretendías buscarme un marido.

Sophia obvió la pregunta.

—Madame Fontaine es la mejor modista de todo Londres. ¿Por qué te crees que es la modista de la amante del Duque de Dorset? Es la que mejor viste el cuerpo de una mujer.

—Es cierto, pero también es conocida por ser la modista de más de una amante...

Sophia se encogió de hombros.

—Es la mejor, lo has reconocido hace un momento. Yo no tengo la culpa de que esas damas sean lo suficientemente listas como para saberlo. Además, también es la modista de Lady Alice y su tienda está en medio de Bond Street. Las tiendas de Bond Street son todas perfectamente decentes.

Agnes soltó una risita entre dientes.

Era cierto que la tienda de Madame Fontaine estaba en Bond Street y también era cierto que no podía objetar nada sobre la marquesa. Lady Alice era, junto a su cuñada y las amigas de esta, Lady Victoria y Lady Brianna, el espejo en el que ambas chicas se miraban.

Todas ellas se habían casado bien y, lo que era más importante, lo habían hecho por amor. Además, tanto en su primera temporada como en la actual, organizaban bailes y veladas musicales solo para apoyarlas a ellas a encontrar al caballero que las hiciera soñar despiertas.

—¿Crees que es por eso por lo que el marqués se pone a gruñir cada vez que ella baila con algún caballero? —preguntó Agnes con curiosidad.

Sophia se encogió de hombros.

—Es posible, pero dime, ¿qué opinión tienes sobre Rutland? —adiós a su intención de no insistir.

Su hermana enrojeció con tanta intensidad que Sophia pudo verlo incluso a luz de las velas.

—No lo conozco lo suficiente como para tener una opinión de él.

—Habéis bailado juntos esta noche, y si no me equivoco también te invitó en el baile de los McGarry y el de los Chandler.

—Obviamente porque tú le pediste que lo hiciera.

—Te equivocas. En ningún momento he hablado de ti con él. Jamás te haría algo así.

Agnes asintió con timidez.

—De igual modo no lo conozco lo suficiente como para tener una opinión de él. Aunque no puedo negar que es agradable y muy apuesto. Por otro lado, estoy segura de que si tú no le pediste que lo hiciera me invitó para evitar a las debutantes, o tal vez fue cosa de Phillip.

Sophia miró a su hermana con desconcierto.

—Phillip sería incapaz de hacer algo así. Nuestro hermano es un hombre, Agnes. Es imposible que hiciera algo como eso —hizo una pausa para que su hermana prestara especial atención a sus siguientes palabras—, estoy segura de que lo ha hecho porque le gustas.

—Puede que le guste porque me parezco a ti.

—No nos parecemos en nada —saltó Sophia—, tú eres mucho más lista que yo y más dulce.

Agnes rio de buena gana, pero no dijo nada.

—Creo que será mejor que durmamos, si no mañana estaremos tan cansadas que no podremos bailar.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? No tengo ganas de regresar a mi habitación —preguntó Sophia.

—Por supuesto. Hace frío para que deambules por los pasillos como si fueras un fantasma —aceptó Agnes, incorporándose para apagar las velas y dejar el libro sobre la mesilla.

—Buenas noches, Nes.

—Buenas noches, Sophi.

Capítulo 3

Lord Andrew Manners había dado con la idea perfecta para propiciar un acercamiento a Lady Sophia sin que esta se pusiera a la defensiva, como lo había estado durante el baile que habían compartido la noche anterior. Si bien inicialmente, el duque había pensado que su interés la había incomodado, tras la sincera conversación con ella se había dado cuenta de que había sentido su presencia como un impedimento para valorar a quien ella consideraba su futuro hermano.

De hecho, su primera impresión al verla rodeada de caballeros había sido creer que esa temporada estaba decidida a encontrar marido, no obstante, durante su breve conversación ella le había confesado que lo que buscaba esa temporada era un esposo para su hermana y no para ella. Y si lo que le había contado era cierto, su primo era el elegido para convertirse en el consorte de Lady Agnes. Lo que le daba un motivo para acercarse a Lady Sophia sin delatar sus propias intenciones.

Tras la confesión de la dama, se dedicó a observar a la otra hermana. Después de todo debía de haber una razón por la que ella se pusiera como meta casar a su gemela. El duque recordaba haber visto a Lady Agnes acompañando a la vizcondesa en alguna ocasión, pero al ser una dama casadera no le había dedicado mucha atención, ya que durante el año anterior el matrimonio estaba muy lejos de sus intenciones. No obstante, a pesar de no haberse fijado en ella especialmente estaba completamente seguro de que no era una mujer incapaz de encontrar esposo por sí misma.

Fuera como fuera, estaba más que dispuesto a conocer los motivos que llevaban a su futura esposa a ejercer de casamentera. Se dio un toque de atención a sí mismo cuando se dio cuenta de que su interés estaba desviándose. El único motivo por el que debía interesarle Lady Sophia era por lo conveniente que esta era para sus planes. Aunque eso no le restaba importancia al hecho de que era perfecta para ser su esposa.

Antes de ser presentado a ella, la dama solo había sido una mujer más en su lista de posibles esposas, pero tras conocerla se había dado cuenta de que era la adecuada en más de un sentido. No se mostraba recatada ni asustada al hablar con él y, a pesar de su juventud, tenía las ideas claras y era mucho más decidida que ninguna otra dama casadera que hubiera conocido antes. Lady Sophia sería la duquesa perfecta y su carácter la haría capaz de soportar todas las habladurías que se sucederían una vez que Judith abandonara a su, ante los ojos de la sociedad, perfecto esposo.

Sabedor de que tenía que ser cauteloso con ella, optó por mostrarse como un cómplice de sus planes y no como un pretendiente. Con esa idea en mente, se presentó en el baile de los duques de Rothgar y se las ingenió para ser presentado a la hermana gemela que le faltaba por conocer oficialmente.

Bailar con ella fue mucho más tranquilo y cómodo que hacerlo con su hermana, seguramente porque Lady Agnes era más tranquila y callada que la imprevisible lady Sophia.

Si bien no era tan vivaracha como su hermana, era tan hermosa como ella, aunque de un modo mucho más sereno. Ambas compartían el mismo tono de cabello, de piel e incluso de ojos, pero en cada una de ellas adquirían un matiz sutil que las diferenciaba con que se prestara un poco de atención.

—Baila usted maravillosamente, Lady Agnes —dijo el duque tratando de iniciar de nuevo una conversación.

Lo había intentado en varias ocasiones anteriores al hablar del tiempo o de lo lleno que estaba el baile esa noche, no obstante, ella se había limitado a dar una respuesta breve que había zanjado el tema sin posibilidad de retomarlo.

—Gracias, excelencia, usted también es un gran bailarín.

Andrew sonrió con picardía.

—Lady Agnes, iniciar una conversación con usted es lo más difícil que he hecho nunca.

Ella se sonrojó violentamente y él se dio cuenta de que podía haberse sentido insultada por su sinceridad.

—Lo siento, excelencia. ¿De qué le gustaría que habláramos?

Andrew le ofreció una sonrisa de disculpa.

—No, milady, ahora le corresponde a usted dar con un tema común. Y tratar de hacerlo interesante para que intercambiemos más que un par de frases.

Ella sonrió relajada por primera vez desde que había comenzado el baile.

—Dudo mucho que exista un tema de ese tipo entre nosotros —dijo ella sin un ápice de artificio.

El duque supo que el destino le había lanzado una oportunidad que no debía desaprovechar.

—Milady, ¿es usted de las personas que pueden guardar un secreto? —preguntó con cierto tono de misterio.

Tal y como había previsto, ella asintió con interés.

—En ese caso tiene que prometerme que lo que diga esta noche quedará entre nosotros.

—¡Lo prometo, excelencia!

—Muy bien, entonces, déjeme que le diga que tenemos un tema muy importante en común. Uno que nos importa mucho a ambos.

Agnes esperó a que él prosiguiera, pero se mantuvo en silencio, seguramente calibrando la curiosidad de ella.

—¿Y cuál es ese tema? —preguntó por fin.

—Su hermana. Si usted me aprueba, me gustaría convertirme en su esposo.

La sorpresa hizo que ella perdiera un paso, pero los fuertes brazos del duque de Grafton la sostuvieron con facilidad logrando que su error no fuera notado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó tratando de esconder una sonrisa.

No había ninguna duda de que la suerte se había puesto de su parte, y si sabía jugar bien sus cartas podría sacar adelante sus planes sin muchos problemas.

—Sí, lo siento mucho. Es solo que no me esperaba esa respuesta.

—¿Significa eso que no me acepta como hermano, Lady Agnes?

—No me corresponde a mi aceptarlo, excelencia. Sin embargo, puedo decirle que si Sophia lo escoge como esposo yo lo aceptaré

encantada como hermano.

—Es usted tan amable como había supuesto. Es por eso por lo que me gustaría pedirle su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Ella sonrió por primera vez desde que había comenzado el baile—. Supongo que su carácter se asemeja al de mi hermana más de lo que hubiese supuesto.

—¿A qué se refiere?

Agnes amplió su sonrisa.

—Por lo que veo, excelencia, son ambos igual de directos a la hora de pedir lo que desean.

El duque asintió mucho más relajado. La tímida Lady Agnes no lo era tanto cuando tomaba un poco de confianza.

—Así es —le devolvió la sonrisa.

—Pida, pues, excelencia. ¿Qué clase de ayuda desea de mí?

—Me gustaría pasar tiempo con su hermana, pero estoy seguro de que si la invito a pasear decline mi oferta, así que he pensado que lo mejor sería invitarla a usted y que usted la lleve a nuestra cita como su acompañante.

—¿No cree que si me invita a mí en lugar de a ella su interés puede confundirse?

—A veces los celos avivan el amor.

—Lamento decepcionarle, pero Sophia nunca tendría celos de mí —dijo con una seguridad que irremediablemente la hizo pensar en Judith.

Grafton lo pensó unos segundos antes de responder.

—¿Qué le parece si yo también voy acompañado por un caballero? Así no habrá dudas de a quién estoy cortejando. Él podrá atenderla a usted mientras yo trato de ablandar el corazón de su hermana.

Lady Agnes lo observó muy seria y el duque sintió que estaba siendo evaluado como posible pretendiente de Lady Sophia.

—Estoy dispuesta a ayudarlo en esta ocasión, excelencia, pero si mi hermana se molesta por ello, me veré obligada a no ofrecerle mi colaboración en próximas ocasiones —habló finalmente.

—Me parece justo. ¿Tiene usted alguna preferencia o me deja a mí la elección del acompañante?

Lady Agnes alzó la mirada con un deje de orgullo en los ojos, y por primera vez desde que la había conocido, Andrew pensó que se parecía más a su hermana de lo que parecía a simple vista.

—No tengo preferencias en lo que a caballeros se refiere. Con quien usted se sienta más cómodo será perfecto para la ocasión. — Se irguió orgullosa—. Soy perfectamente capaz de mantener una conversación educada con cualquier persona, tenga el rango que tenga.

—No lo dudo, milady. En ese caso, las recogeré mañana a las cinco en punto en casa de su hermano.

Tras el baile, el duque la acompañó unos minutos a través de los grupos que se arremolinaban junto a la pista de baile y, cuando ella se detuvo junto a la marquesa de Hawkscliffe, se excusó y se marchó.

Estaba seguro de que Lady Sophia lo había visto bailar únicamente con su hermana, por lo que era el momento perfecto para marcharse y dejarla con la duda de lo que habían estado hablando. Puesto que estaba completamente seguro de que Lady Agnes mantendría su palabra y no lo delataría ante su gemela.

Capítulo 4

Lord Martin Townshend, vizconde de Snowdon y futuro Marqués de Carisbrooke, estaba totalmente en contra de lo que estaba haciendo su mejor amiga, Lady Sophia Carroway, sin embargo, no tenía más opciones que acompañarla ya que ella se negaba a escuchar sus consejos y se había lanzado en una alocada persecución en medio de la noche por las calles de Londres.

Dejó de tratar de convencerla para que dieran la vuelta cuando el carruaje se detuvo abruptamente. El lacayo tardó unos segundos en abrir la puerta e informarles de que el caballero al que perseguían se había apeado de su propio carruaje en ese momento.

Sophia dio las gracias y aceptó la mano del muchacho para bajar. Martin suspiró resignado y, tras pedirle a su cochero que se mantuviera dando vueltas por la zona, se encontró con que su amiga pretendía entrar en la mansión a la que Grafton acababa de acceder.

—Eso es una completa locura, Sophia. Si alguien te ve se lo dirá a tu hermano y entonces él me descuartizará por haberte traído hasta aquí.

—Tú no me has traído, lo ha hecho el carruaje —se detuvo al ver a varias damas ricamente vestidas entrar en la misma mansión.

—¡El carruaje es mío! —se lamentó.

Ella lo ignoró deliberadamente.

—¿Por qué nunca me había fijado antes en esta mansión? Estoy segura de que ahí vive alguien importante.

—¡No lo sé!

—No mientas, Martin, te conozco desde siempre y sé cuándo lo haces porque no puedes evitar tocarte la oreja cuando lo haces.

Al ser consciente de que eso era precisamente lo que estaba haciendo, la frustración del vizconde no hizo más que aumentar.

—Pertenece a un conde italiano.

—¿No me digas que es la casa del conde de Adernò? —preguntó, emocionada por tener la posibilidad de ver, aunque fuera

de lejos, al famoso libertino.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó escandalizado.

El interés de Sophia aumentó al saber a quien pertenecía la mansión.

—He escuchado hablar de él en los salones de baile. Las damas hablan entre ellas, ya sabes. Y según he oído es un libertino encantador y muy atractivo.

Martin no estaba dispuesto a escuchar nada más. Decidido a llevarla a casa sana y salva, la asió del brazo, pero ella se resistió cada vez más resuelta a colarse en la fiesta.

—Media hora —rogó—. Entremos media hora y después dejaré que me lleves a casa sin protestar. ¡Lo prometo!

—No tenemos invitación.

—Nadie se atreverá a impedirnos el paso, Martin. No trates de evitarlo.

El vizconde se supo vencido. Había prometido a Lady Caroline que acompañaría a su cuñada a casa, ya que esta se había quejado de un intenso dolor de cabeza, y cuando había visto a Sophia llevarse las manos a las sienes y quejarse quedamente había estado seguro de que era cierto que se sentía indispuesta. E incluso se había compadecido de ella al verse obligada a abandonar el baile que Lady Brianna había organizado. No obstante, la actitud de su amiga había cambiado en cuanto entraron en su carruaje.

—Gracias por ofrecerte a acompañarme a casa. No quería fastidiar a Caroline ni a Agnes el baile de Brianna —había dicho, para acto seguido pedirle a su cochero que persiguiera el carruaje del duque de Grafton, y como consecuencia de eso, allí estaban.

Con un suspiro exagerado que pretendía molestar a Sophia, se puso en marcha y le ofreció el brazo para que ella se asiera de él.

—Media hora —le recordó—, y en ese tiempo no te separes de mí.

Ella bufó molesta.

—El duque de Grafton está ahí dentro. No puede ser tan malo.

Martin se paró en seco.

—O haces caso a lo que te digo o nos vamos inmediatamente.

—¡De acuerdo! —concedió; no estaba dispuesta a marcharse sin conocer al conde de Adernò y descubrir el porqué era considerado uno de los mayores libertinos de Londres.

Después de todo, era llamativo que fuera medio inglés y medio italiano y que, a pesar de disponer de un título nobiliario en Inglaterra, nada menos que de marqués, siempre usara su título italiano en detrimento del británico.

Un lacayo ricamente vestido les abrió la puerta y les permitió la entrada sin hacer preguntas ni mirarlos en ningún momento.

La música hizo acto de presencia en cuanto cubrieron el elegante pasillo y se adentraron en el salón de baile. Sophia se sorprendió al ver allí a gente con la que había coincidido esa misma noche en el baile de Brianna. Al parecer Grafton no era el único que había abandonado la velada de su amiga para asistir a la del conde.

Dispuesta a no despistarse de su objetivo, buscó al duque con la mirada. Necesitaba asegurarse de que no le había contado a Agnes ninguno de sus planes para casarla ese año y, no podía preguntárselo a su hermana sin delatarse.

Había hablado más de la cuenta la noche anterior y Agnes ya había adivinado parte de sus planes, aunque ella, por supuesto, nunca se lo había confirmado.

Siguió a Martin hasta que lo divisó. Estaba charlando con un caballero, tan alto como él, de hombros anchos y pelo negro. Así de espaldas, solo pudo fijarse en sus ropas y en su silueta.

—Quedémonos aquí —pidió a Martin sin apartar la mirada de la pareja.

Su amigo arqueó una ceja, pero no dijo nada, sino que se limitó a hacerle caso.

—Martin, ¿quién es el caballero con el que está hablando el duque de Grafton? —preguntó tras varios minutos en los que el hombre no se dio la vuelta para mostrarle su rostro.

El vizconde siguió su mirada y se puso tenso antes de responder. Estuvo tentado de decir que desconocía quién era, pero no tenía sentido ya que Sophia detectaba cualquier intento suyo de ocultarle la verdad.

—El conde al que tanto deseas conocer.

—¿Y qué hace hablando durante tanto tiempo con el duque? Tenía la sensación de que el conde solo dedicaba su tiempo a las damas.

—Y así es, pero el duque es su primo.

—¿De verdad? —vaya, vaya, el duque era cada vez más interesante, se dijo. ¿Cuántas sorpresas más esconderías tras su atractiva sonrisa?

Martin asintió.

—El padre del conde era el hermano mayor de las madres de Grafton y Rutland. Por eso el marquesado le pertenece al conde, no obstante, por lo que he oído, aunque reside en esta casa, se niega a usar su título inglés.

—¿Por qué motivo? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé, pero estoy segura de que podrás preguntárselo a él mismo ya que te han visto y ambos vienen hacia aquí.

Sophia se dio la vuelta curiosa y comprobó que, efectivamente, el duque de Grafton se acercaba a ella con una misteriosa sonrisa, y que iba acompañado de un caballero tan apuesto como él mismo.

De hecho, sin ser excesivamente evidente, tenían cierto parecido que iba más allá de los ademanes seguros y precisos con los que ambos se movían.

—Lady Sophia —saludó inclinándose levemente—. Townshend —notó la presencia del vizconde—, qué sorpresa verlos aquí esta noche.

Antes de que Martin pudiera decir algo que los delatara, ella tomó la iniciativa al responder.

—Alguien en el baile de los duques nos ha comentado que había una fiesta aquí esta noche y ni Martin ni yo hemos resistido a la tentación de venir. —Se detuvo para mirar directamente al anfitrión, al que todavía no le habían presentado—. Espero que no le haya molestado nuestro atrevimiento, dado que nos hemos colado en su fiesta sin ser invitados.

El conde sonrió, y su atractivo se intensificó con el gesto. Sophia se quedó maravillada al darse cuenta de que sus ojos eran del color del ámbar.

—Cualquier amigo de Grafton es bienvenido a mi casa. Lady...

—Disculpa, Reece, todavía no os he presentado —habló Grafton—. La dama es Lady Sophia Carroway, la hermana del vizconde de Edgehill. Él es mi primo, el conde de Adernò y Marqués de Rockingham.

—Un placer conocerla, milady —dijo inclinándose al tiempo que tomaba su enguantada mano y se la besaba.

Ella le ofreció una sonrisa, sorprendida de que no hubiera protestado al escuchar su título inglés.

—Igualmente, milord.

—Al vizconde ya le conoces —siguió el duque.

—Así es. Un placer contar con su presencia en mi casa. Espero que la salud de su padre sea tan buena como siempre.

—Goza de muy buena salud. Gracias por su interés —respondió Martin muy seco.

Tras las presentaciones la conversación siguió por los cauces que imponía la alta sociedad hasta que el duque se ofreció a acompañar a la dama hasta la mesa de los refrigerios, después de que ella comentara que estaba sedienta. Sophia, que había esperado encontrar una manera de poder hablar con él sin que nadie se diera cuenta, aceptó la invitación a pesar de las miradas reprobatorias de Martin.

—Regresaré en diez minutos, Martin —dijo muy seria—. Después podrás llevarme a casa.

—Aquí te espero —fue lo único que su amigo pudo decir entre sus dientes apretados.

Capítulo 5

El duque no tenía tiempo para andarse por las ramas, por lo que se lanzó de lleno a formular la pregunta a la que tantas vueltas le había dado esa noche desde que levantó la mirada y vio a Lady Sophia caminar del brazo del vizconde.

—¿Qué relación tenéis con el vizconde Townshend?

—¿Con Martin? —Ella se encogió de hombros—. Es como un hermano para mí.

Andrew no se quedó del todo satisfecho con la respuesta.

—¿Y él con vos?

Ella sonrió, medio divertida y medio apesadumbrada.

—Supongo que para él soy la hermana problemática y a la que debe proteger. Agnes no le causa tantos quebraderos de cabeza como yo.

—No hay duda de que su hermana parece más... tranquila que usted.

No dijo nada más porque llegaron a la mesa de las bebidas y allí había varias damas a quienes les interesó sobremanera verlos juntos, porque inmediatamente se callaron y los observaron con descaro y abierta curiosidad.

El duque sirvió un ponche para Sophia y le hizo un gesto para que se alejaran de allí.

—¿Le apetece dar un paseo por el jardín?

—No creo que...

—No se preocupe, el jardín del marqués es un lugar muy seguro para pasear con un caballero.

Ella asintió sin entender lo que decía, pero en cuanto atravesaron las puertas abiertas del balcón comprendió a lo que se había referido el duque.

Sorprendida y admirada, se detuvo en medio de las escaleras para deleitarse en el jardín que tenían ante ellos, y que estaba completamente iluminado por multitud de antorchas y farolillos brillantes que Sophia nunca antes había visto.

—¡Qué bonito! —exclamó maravillada.

—Mi primo los trajo de china, y desde entonces se han convertido en una de las atracciones de su hogar.

—Son muy bonitos.

—Lo son —aceptó Andrew, pero no era a los farolillos a los que miraba en esos momentos.

—No puedo quedarme mucho más porque le he prometido a Martin que regresaré en diez minutos, así que voy a ser clara desde ya.

—No esperaba otra cosa de usted.

Ella asintió contenta de que no pareciera escandalizarse por su sinceridad.

—¿De qué ha hablado con mi hermana esta noche, excelencia?

Él sonrió complacido antes de responder.

—No me diga que ese es el motivo por el que ha decidido seguirme esta noche.

Sophia no encontró ningún motivo para negarlo, por lo que no lo hizo.

—Así es. Mi hermana no puede saber lo que planeo para ella. Dígame la verdad, ¿le ha contado mis intenciones?

—¿Por quién me toma, querida?

El inesperado apelativo cariñoso pilló por sorpresa a Sophia, quien no protestó.

—Creo recordar que le dije que podía contar conmigo, así que con el fin de ayudarla le hice creer a su hermana que estaba interesado en usted y que necesitaba de su apoyo para conquistarla.

—¿Cómo dice? ¿Y Agnes le creyó así sin más?

Grafton asintió.

—No solo me creyó, sino que aceptó salir a pasear conmigo mañana. Acompañada por usted, por supuesto, y de un caballero de mi elección.

Habían seguido andando al tiempo que hablaban, por lo que se habían alejado, sin darse cuenta, del lugar en el que se congregaban la mayoría de los otros invitados que habían huido al jardín en busca de un poco de aire fresco.

—¿Y a quién pretende llevar consigo, excelencia?

—La duda ofende, milady. Soy un hombre de palabra y si digo que la ayudaré es lo que haré.

—No era esa mi intención. Es solo que Rutland puede no querer acompañarle si se da cuenta de cuáles son sus intenciones.

—Usted deje a mi primo de mi cuenta y ocúpese de aceptar mi interés para que su hermana no sospeche que le he mentado.

—¡Por supuesto! Ha sido una idea muy ingeniosa —se dio la vuelta para mirar el camino que habían andado—, pero ahora he de regresar si no quiero que Martin me delate ante Caroline.

—¿Qué excusa le ha puesto a su cuñada para abandonar el baile?

Ella agachó la cabeza un poco avergonzada.

—Le he dicho que me dolía la cabeza y me sentía indispuesta.

Andrew soltó una carcajada. La dama iba a ser una esposa maravillosa en muchos aspectos y él estaba deseando comprobar lo acertado de sus suposiciones.

Capítulo 6

Judith se encontraba mucho mejor y ya no había rastros del incidente en su rostro, lo que le permitiría salir de casa de nuevo. Gracias a lo habitual de sus incidentes, se había ganado la fama, entre la alta sociedad, de ser una dama de salud débil, nada más lejos de la realidad.

No obstante, su cabello rubio y su piel tan blanca ayudaban a esa imagen que la sociedad y su esposo habían creado de ella. Sin embargo, si alguien se fijaba en sus ojos verdes, iguales a los de su hermano, cualquiera con dos dedos de frente podía ver su férrea determinación y la vitalidad que estos irradiaban.

Como siempre, el mayordomo le abrió la puerta antes de que Andrew llegara siquiera a llamar.

—Buenos días, Milford. ¿Dónde está mi hermana?

—En su salón, excelencia.

Andrew le tendió el sombrero y el bastón al lacayo y se encaminó hacia el lugar en que estaba Judith.

El mayordomo vio alejarse al duque y, cuando lo perdió de vista, bajó a las cocinas para pedir que prepararan una bandeja de pastas y té para llevar al salón de la señora.

—¿Ha venido el duque? —preguntó la cocinera.

El hombre asintió.

—Entonces en lugar de pastas pondré bocadillos. Al duque no le atrae la comida dulce —murmuró la mujer.

Milford estaba a punto de abandonar la cocina cuando Loiuse llegó danzando.

—Ha venido el duque —canturreó—. Es tan guapo con sus ojos verdes y su cabello oscuro.

—Por no hablar de sus hombros y sus piernas —corroboró la cocinera.

La chica rio al escuchar a la cocinera, aunque no pudiera más que darle la razón en sus afirmaciones.

El mayordomo optó por ignorarlas cuando el resto de las criadas se unieron en sus elogios al duque, y regresó arriba para asegurarse de que sus órdenes se llevaran a cabo y se les servía a los señores el té y la comida.

Judith estaba sentada en un sillón con una labor de costura en las manos. A sus pies jugaba un niño pequeño sin preocuparse de que sus juguetes pudieran estropear la alfombra de Aubusson que su padre tanto estimaba.

La dama alzó la mirada al escuchar unos pasos acercarse por el pasillo.

—Andrew, querido —saludó sin levantarse.

El duque se acercó rápidamente hasta ella y le dio un suave beso en la mejilla. Le guiñó un ojo y sin decir nada más asió a su sobrino de las axilas y se lo colgó al hombro como si no pesara nada. Como si hubiera estado esperando a que su tío hiciera precisamente eso, comenzó a reír a carcajadas logrando que los dos adultos se olvidaran por un momento de sus propios problemas.

Su propio padre había jugado de ese modo con él cuando era niño. Al anterior duque no le importaba que su traje se arrugara o que los criados murmuraran, lo único que le preocupaba era la felicidad de su familia. No obstante, su actitud hacia sus hijos cambió radicalmente cuando falleció su esposa.

Mientras la duquesa había estado viva, el duque se había esmerado por darles a sus hijos el afecto que su madre no les daba. Sin embargo, cuando su esposa murió decidió que ya los había mimado en exceso y que lo mejor era educarles en una férrea disciplina.

Todo lo contrario que sucedía con el padre de Robert, a quien no le importaba nadie más que él mismo. Ni se había preocupado por su hijo antes, ni lo hacía ahora.

—¿Cómo estás, Jud?

—Como puedes ver ya no me queda ninguna marca visible, por lo que esta misma semana acudiré al baile al que asistas y trataré de ayudarte a escoger una esposa.

—No hace falta que te preocupes por eso. Ya he elegido a la dama que se convertirá en mi duquesa —comentó mientras dejaba a su sobrino de nuevo en el suelo.

El niño siguió jugando ajeno a la trascendental conversación que mantenían su madre y su tío.

Lady Judith se sorprendió por la seguridad que mostraba su hermano. A pesar de lo reacio que había sido con anterioridad a decidirse por una joven.

—¿Quién es la afortunada?

—Lady Sophia.

—No va a ser fácil que te acepte —comentó ella—. Ha rechazado otras propuestas de matrimonio.

—El cortejo ya ha comenzado.

Jud suspiró quedamente.

—He de confesarte que, aunque es perfecta para ser tu esposa, esperaba que ella no fuera la elegida. Por ese motivo no la puse la primera de tu lista.

—¿Por qué motivo?

—Siempre me han caído especialmente bien las hermanas Carroway. Son encantadoras y muy amables —dijo con cierta tristeza en la voz—. Si Sophia se casa contigo ambas sufrirán las consecuencias.

—¿A qué te refieres?

—Cuando salte el escándalo de mi huida, tu esposa se verá salpicada por él, y lo mismo sucederá con su hermana, si para entonces no está bien casada.

—No creo que llegue a tanto. Su familia está muy bien situada, es por eso por lo que la escogimos.

—Es posible, pero no tenemos la certeza de que las cosas vayan a salir como esperamos. Tal vez Lady Agnes quede marcada y no consiga un esposo a su nivel.

—No lo permitiré. Si es necesario yo mismo le buscaré un esposo a su altura.

Su hermana sonrió con ternura.

—Estoy segura de que lo harás, querido.

No obstante, a pesar de la incondicionalidad de Judith al creer en él, Andrew no pudo quitarse de la cabeza las palabras de la vizcondesa.

Dios no quisiera que él fuera el que impidiera a Lady Agnes casarse bien o Sophia jamás se lo perdonaría. Jamás.

Capítulo 7

Agnes tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no contarle la verdad después de su paseo con el duque a su hermana. Facilitó las cosas que esta no le preguntara los detalles sobre su cita con el duque de Grafton, porque de haber insistido un poco, Agnes no habría podido mentirle.

Aunque no entraba en sus planes romper la promesa que le había hecho al duque, mentir parecía vetado para ella, y mentirle a su hermana era más que imposible. Se ponía roja y tartamudeaba tan exageradamente que Sophia siempre la pillaba. Por esa razón, había desistido de hacerlo y, cuando no deseaba que esta supiera algo, como lo que le había comprado para su cumpleaños o su regalo de Navidad, se limitaba a quedarse callada sin darle ningún tipo de respuesta o muestra de que había escuchado sus preguntas al respecto.

En esas contadas ocasiones su familia se reía de ella alegando que tenía sordera selectiva y una incapacidad natural para falsear la verdad.

Con la idea en mente de mantenerse fiel a su promesa, se encerró en su dormitorio después de comer, alegando que quería descansar para esa misma tarde. Gracias a Dios nadie consideró que la petición fuera extraña, o si lo hicieron tampoco se lo comentaron, lo que logró que Agnes se sintiera más segura.

A la hora acordada, el duque se presentó en su casa acompañado de su primo el duque de Rutland, pero, aunque este último trató de mostrarse cordial y amable, Agnes se dio cuenta de que sentía incómodo, como si no deseara estar allí, precisamente. Lo que la hizo cuestionarse los motivos por los que había aceptado ir.

¿Lo habría amenazado el duque de Grafton de alguna manera?

A pesar de todo, fue encantador con Caroline y con Sophia, con la única con la que se mostró un poco distante fue con Agnes, quien no quiso darle importancia, ya que lo que a ella le interesaba era

descubrir si su hermana sentía alguna inclinación por Grafton. Con ese fin decidió centrar su atención en ese punto.

El duque había acudido a su cita sin su cabriolé, por lo que los cuatro pasearon hasta Hyde Park que, como era de esperar, estaba lleno de gente cuando llegaron.

Tras verse obligados a detenerse en varias ocasiones para conversar con sus conocidos siguieron su paseo juntos, hasta que el duque de Grafton hizo su movimiento, y dirigiéndose exclusivamente a Sophia, le ofreció el brazo para dar un paseo por la orilla del Serpentine.

—Tengo el presentimiento de que al duque no le importan las habladurías —comentó Agnes al ver cómo el resto de los paseantes observaba alejarse a la pareja.

Estaba tan absorta en ellos, que no se dio cuenta de que del mismo modo en que especulaban sobre su hermana y Grafton, hacían lo mismo sobre ella y el duque de Rutland.

Apartó la mirada de ellos sonriendo y fijó su atención en Rutland, quien en esos instantes la observaba también con cierta incomodidad.

—No pretendo ser grosero, Lady Agnes, pero me veo en la obligación de hacerle saber que el matrimonio no entra en mis planes.

—¿Disculpe? ¿Cómo ha dicho?

—Le estoy diciendo que, por el momento, no tengo intención alguna de casarme.

La dama enrojeció avergonzada por la franqueza del duque, y por lo que significaban sus palabras. No obstante, a pesar de la humillación o, quizás por ella encontró el valor para replicarle.

—¿Y qué le hace pensar que yo lo hago y que usted pueda interesarme para tal fin? Si no me equivoco, ha sido su primo quien le ha pedido el favor de que le acompañe y, le aseguro que eso no tiene nada que ver conmigo.

—Yo... No...

—Lamento profundamente que haya confundido la situación, excelencia. Si no le importa, me gustaría regresar a casa. Su compañía me resulta bastante insultante ahora mismo.

—Lady Agnes, siento mucho la confusión —trató de disculparse él al comprobar que la encerrona no había tenido nada que ver con ella.

Andrew le había arrastrado hasta la mansión del vizconde de Edgehill diciéndole que iban a salir a pasear con Lady Sophia, el nombre de Lady Agnes no había aparecido en la conversación, por ello cuando supo que era esta última la que había sido invitada por el duque ató cabos y decidió que lo que su primo pretendía era emparejarlo.

—No hay nada que sentir. Supongo que va con el título ser pretencioso —dijo, y se dio la vuelta con rapidez y echó a andar de regreso sin molestarse en comprobar si este la seguía.

El duque la siguió completamente avergonzado por su arrebató y asombrado por la réplica de ella. No tendría que haberse dejado llevar por el mal genio, pero se había sentido presionado por las circunstancias y había hablado más de la cuenta.

La actitud de Grafton tampoco había ayudado a que se sintiera cómodo. Su primo había hecho todo lo posible por caminar junto a Lady Sophia, dejándole a él con la que inicialmente era su invitada. Por todo ello había supuesto que la intención de su primo era emparejarlo con Lady Agnes, y, en lugar de pedirle explicaciones a él, había dejado que su ira se cebara con una dama inocente.

Aceleró el paso con el fin de llegar hasta ella antes de que cruzara la calle, pero la dama caminaba tan rápido que la perdió de vista entre los viandantes.

Sophia, que no se perdía detalle de cada movimiento de la pareja, se detuvo abruptamente cuando se dio cuenta de que fuera lo que fuera de lo que estaban hablando había turbado a su hermana.

—¿Sucede algo? —preguntó el duque de Grafton a su lado.

—Creo que mi hermana no se siente bien —señaló al verla detener su paseo con Rutland para decirle algo que, aunque no logró escuchar, dada la distancia, parecía haberla alterado.

—Seguramente mi primo ha hecho alguno de sus comentarios desafortunados. No se preocupe demasiado.

Sophia apartó la mirada de Agnes para clavarla en el duque.

—¡No es posible! Jamás le he escuchado decir nada inapropiado. Él le devolvió la mirada.

—Eso es porque no lo conoce lo suficiente. ¡Dele tiempo!

—¡Oh! —musitó Sophia, que ya había vuelto a dedicar su atención a la pareja—. ¿Por qué se marcha? —Hizo amago de ir tras ella, pero la mano de Lord Andrew la detuvo.

—No creo que sea buena idea seguirla ahora mismo —la retuvo.

—¿Por qué?

—Por dos razones, la primera es que si lo hace llamará la atención de todo el mundo y el gesto de su hermana ya ha sido lo suficientemente público y notorio como para que usted la siga, y la segunda razón es porque mi primo ha ido tras ella y si usted hace lo mismo puede entorpecer la posibilidad de una reconciliación.

Ambos motivos tenían pleno sentido, por lo que Sophia asintió a regañadientes y se dejó llevar de nuevo al paseo.

—Espero que no haya sido grosero con Agnes, porque si lo ha sido le desollaré con mis propias manos —anunció muy seria.

—Me gusta esa vena sádica suya.

Ella parpadeó sorprendida, pero se recompuso con rapidez.

—Me alegro, me preocupaba que tratara de detenerme, dado que el duque es su primo.

—Sophia, querida, no tienes que preocuparte por eso. Jamás interferiré en tus planes.

Ella protestó, sorprendida por la familiaridad con la que le había hablado.

—No recuerdo haberle permitido que me llamara por mi nombre, Excelencia.

El muy descarado le guiñó un ojo y Sophia no supo si debía molestarse o admirarse por su frescura.

—Te he dado permiso e incluso he apoyado tus planes para asesinar a mi primo, creo que me he ganado el derecho a llamarte por tu nombre.

—Supongo que tienes razón, Excelencia —reconoció tras pensarlo unos segundos.

El duque se echó a reír encantado con la mezcla de formas con las que le había hablado.

—¡Vamos! Te llevaré a casa para que puedas reconfortar a tu hermana.

Capítulo 8

Alfred la estaba esperando, comprendió Sophia, porque el mayordomo se acercó a ella con una bandeja de plata en la mano en cuanto cruzó la puerta de casa. Grafton había declinado su invitación para pasar y tomar el té y, aunque una parte de ella se había molestado más de lo esperado por no aceptarla, otra agradecía el gesto, ya que con ello el duque solo pretendía darle tiempo para hablar con su hermana y descubrir el motivo de su abrupta marcha.

No obstante, la aparición de Alfred hizo que olvidara momentáneamente sus intenciones.

—Ha llegado esta nota para usted, milady.

—¿Para mí? ¿Quién la ha traído? —preguntó al tiempo que la tomaba.

—Ha sido un lacayo del conde de Adernò, pero no ha esperado por una respuesta.

La respuesta del mayordomo la sobresaltó. ¿Por qué le escribía el conde? Apenas se conocían. ¿Estaría, acaso, tratando de seducirla? Después de todo su fama era bien conocida entre sus pares.

—Parece una invitación —murmuró abriéndola—. ¡Gracias, Alfred! —agradeció más tranquila al comprobar que no era una nota amorosa—. ¿Mi hermana está en su dormitorio?

—Así es, milady. Ha llegado hace una media hora y se ha retirado a descansar.

Sophia asintió y se dispuso a pasar a ver a su hermana mientras trataba de leer la tarjeta. Se trataba de un papel de calidad y la caligrafía del sobre era elegante y pulcra.

La tarjeta, efectivamente era una invitación para una velada, no obstante, no era lo único que contenía el sobre, también había una nota escrita con la misma caligrafía de la cubierta.

«Estimada, Lady Sophia:

puesto que ya hemos sido presentados oficialmente, me permito el atrevimiento de invitarlas a usted y a su hermana a la cena que daré mañana por la noche en mi casa con motivo de mi cumpleaños; así mismo hago ostensible mi invitación al vizconde Townshend, considerando que su presencia hará más cómoda su visita. Espero de todo corazón que puedan aceptar mi invitación.

Atentamente
Reece Irvington
Conde de Adernò y Marqués de Rockingham».

A Sophia le sorprendió que usara su título inglés, aunque fuera en segundo lugar. Según tenía entendido, el conde renegaba de su padre y de todo lo que tenía que ver con él.

Le había costado más de lo esperado que Martin le contara la historia de Adernò. Primero había alegado desconocerla, pero tras presionarlo como solo ella sabía hacerlo, su amigo había terminado por contársela. Y tras conocerla la simpatía inicial que él le había inspirado se multiplicó:

—Su padre asesinó a su madre por celos y después se suicidó —había dicho Martin clavando en ella la mirada para ver su reacción.

A pesar del horror y la sorpresa, Sophia se mantuvo impasible, temerosa de que Martin dejara de hablar si mostraba sus sentimientos de repulsa.

—Él estaba en Eton por aquel entonces —siguió al comprobar que ella no iba a decir nada—. Ni siquiera pudo despedirse de su madre. Cuando llegó a casa ya los habían enterrado a ambos. Su tutor actuó con rapidez para sofocar los chismes, pero él nunca se lo perdonó.

—¿Quién era su tutor? —preguntó escandalizada por la crueldad del hombre.

—Su tío, el anterior duque de Rutland y padre del actual. Después de eso, cortó lazos con su familia y se dedicó a vivir su vida sin preocuparse por los convencionalismos sociales.

—¿Por qué dices que la asesinó?

—Por celos. La marquesa era una belleza. Había muchos caballeros interesados en ella, aunque, según he escuchado, ella no le dio nunca motivos a su marido para creer que estaba siendo engañado.

Sophia no dijo nada durante el resto del trayecto hasta su casa.

Por muy escandaloso que fuera el conde, no había duda de que tenía derecho a serlo después de pasar por semejante calvario.

Martin había dicho que cortó lazos con su familia, pero Grafton había asistido a su fiesta y había estado hablando con él con naturalidad e, incluso se lo había presentado como su primo... Y el conde no había renegado del parentesco.

Regresó a la realidad cuando llegó a la puerta del dormitorio de su hermana.

Llamó con suavidad por si Agnes realmente estaba descansando, pero la voz de esta respondió a través del roble.

—¡Adelante!

Sophia abrió la puerta y asomó la nariz.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te encuentras mal?

Agnes negó con la cabeza.

—Estoy bien, solo tengo un ligero dolor de cabeza. ¡Pasa!

Con una expresión preocupada en el rostro Sophia hizo caso y entró en el dormitorio, donde su hermana leía un libro reclinada contra las almohadas en la cama.

—¿Ha sido grosero Rutland grosero contigo?

—Algo así —confirmó, dejando de lado su libro—. Cree que estoy persiguiéndolo.

—¿Cómo dices? —Sophia se dejó caer sobre el colchón y Agnes encogió los pies para dejarle sitio.

—Cree que pretendo convertirme en su duquesa —empezó, y antes de darse cuenta le contó todo lo que había comprendido esa tarde, el modo en el que se había comportado con ella desde que llegó con Grafton, y lo que le había dicho directamente en el parque.

—¿Cómo se ha atrevido a hablarte de ese modo? —se enervó Sophia.

—No creo que haya sido con mala intención, sino más bien todo lo contrario. Trataba de advertirme de que no está interesado en el matrimonio, o de que no lo está si este tiene que ver conmigo.

—¡No lo defiendas!

Agnes no replicó. Su reacción inicial había sido la misma que la de su hermana. Primero se había sentido humillada por lo directo de sus palabras, después se había sentido ofendida, y posteriormente había comprendido que su comentario había sido pronunciado con la intención de advertirla no de ofenderla.

—Mañana por la noche ponte el vestido verde que te hizo Madame Fontaine. Vamos a asistir a una velada muy especial.

Agnes la miró con curiosidad. Al día siguiente tenían previsto asistir al baile de Lord Needham con Caroline y su hermano; hacía semanas que Caroline había aceptado la invitación y, que ella supiera, la fiesta no tenía nada de especial.

Sophia prosiguió.

—Nos han invitado al cumpleaños del Conde de Adernò y vamos a ir.

—¿Por qué nos ha invitado si no lo conocemos?

Sophia se mordió los labios.

—En realidad... yo sí que lo conozco. Es primo del duque de Grafton, él me lo presentó.

—No sabía que el Conde asistiera a los mismos bailes que nosotras.

—No lo hace.

—¿Sophia?

La aludida se encogió de hombros.

—En realidad me lo presentaron en su casa. —Al ver la expresión de sorpresa de su hermana se apresuró a añadir—. Martin estaba conmigo.

—¿No me digas que ayer fingiste un dolor de cabeza para ir a casa de un noble al que ni siquiera conocías?

—En realidad cuando fingí un dolor de cabeza no tenía ni idea de dónde terminaría. Yo... estaba siguiendo a Grafton.

Agnes hubiera esperado cualquier respuesta viniendo de su hermana, cualquiera menos esa.

—¿Te gusta el duque? —preguntó sin ambages.

Sophia no respondió en seguida, sino que se tomó su tiempo para reflexionar sobre la pregunta, ¿le gustaba Grafton? No podía negar que en él había encontrado a un aliado para su tarea de casar a su hermana, ni tampoco que era atractivo e interesante. No obstante, él no había mostrado ninguna señal de que estuviera interesado en ella como algo distinto a una mera amistad y, aun así...

—Es muy posible que lo haga.

—Típico de ti responder sin dar una respuesta clara —protestó Agnes.

—No cambies de tema. Mañana vas a encandilar al conde con tu belleza y esta noche tienes que estar preciosa, vamos a demostrarle a Rutland que no significa nada para ti.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? y, lo más importante, ¿cómo vamos a conseguir que Phillip nos deje asistir a la celebración de Adernò?

Su hermana le ofreció una sonrisa calculadora antes de responder.

—Deja eso de mi cuenta, tú solo ocúpate de estar preciosa esta noche y mañana.

Capítulo 9

Agnes había decidido hacer caso a su hermana, por lo que se esmeró especialmente a la hora de escoger un vestido para el baile de esa noche. Había reservado el verde para la cena en casa del conde, pero todavía no había estrenado uno de los vestidos que le había confeccionado Madame Fontaine. Era blanco y dorado, y tan atrevido como todos los que cosía la modista francesa.

Sophia, por su parte, escogió un vestido más discreto, como si pretendiera dejarle a ella el protagonismo esa noche. En cualquier caso, si fue por el vestido o por su desencuentro con el duque de Rutland, Agnes se encontró esa noche con el carné de baile lleno, antes siquiera se que diera comienzo la primera pieza de la noche.

Por ese motivo se dio el placer de rechazar al duque de Rutland cuando se acercó a pedirle un baile.

—Lo siento, excelencia. Esta noche tengo todos los bailes ocupados.

Él la miró unos segundos antes de bajar descaradamente la mirada a su escote.

—Entiendo.

La sorpresa hizo que ella abriera los ojos desmesuradamente. ¿Qué le sucedía al duque? En las últimas doce horas la había insultado dos veces y la noche no había hecho más que empezar.

—Es muy impertinente, excelencia —le espetó, y se dio la vuelta para alejarse de él, a pesar de que había sido el duque quien se había acercado hasta donde ella estaba y no al revés.

Puso el máximo espacio posible entre ellos mientras se esforzaba por comprender su actitud, cuando notó que alguien la asía del brazo. Se dio la vuelta molesta para toparse con la sonrisa traviesa de Lady Gillian Bradbury, la única hija del marqués de Carisbrooke y, desde que debutaron juntas el año anterior, una de sus mejores amigas.

Gillian era una de las beldades de las últimas dos temporadas, cabello dorado, ojos azules y una piel inmaculada, justo lo que la

sociedad tachaba de incomparable; no obstante, aunque había tenido pretendientes, su mal merecida fama de caprichosa le había restado brillo a su indiscutible fortuna y belleza.

Al quedarse viudo el marqués, había volcado todas sus atenciones a Gillian, mimándola en exceso y alimentando su fama de malcriada, cuando en realidad la dama era tan encantadora, amable y juiciosa como cualquier dama menos consentida.

—Agnes, ¿te sientes indispuesta? —preguntó Gillian al ver la expresión de su amiga.

—Acompáñame al tocador.

Gillian asintió en silencio, decidida a darle a su amiga el tiempo que necesitara para tranquilizarse y contarle qué era lo que le preocupaba.

Cuando entraron, la sala estaba vacía, a excepción de la costurera que aguardaba allí por si alguna de las invitadas requería de sus servicios.

Tras saludarla, las dos se metieron en uno de los compartimentos para hablar con relativa comodidad.

—¿Qué sucede? —inquirió Gillian en un susurro.

—Creo que el duque de Rutland me odia —dijo Agnes por fin.

Gillian se apartó un dorado rizo de su mejilla y observó a su amiga antes de responder.

—Entonces, ¿es verdad?

—¿A qué te refieres?

—Se comenta que has discutido con el duque esta tarde en Hyde Park.

Agnes asintió.

—Cree que estoy interesada en ser su duquesa.

—¿Y no lo estás? —La sorpresa en la voz de Gillian molestó a Agnes. ¿Habría sido incauta en sus acciones? Hasta ese momento estaba segura de que no había demostrado interés en ningún caballero en particular.

—¿Por qué pareces sorprendida?

La rubia se encogió de hombros.

—Cualquier dama estaría encantada de convertirse en la duquesa de Rutland.

La respuesta la tranquilizó.

—¿Por qué crees que te odia? —preguntó Gillian al recordar su afirmación anterior.

Agnes le relató lo que había sucedido en Hyde Park y esa misma noche en el baile y esperó a que su amiga emitiera su juicio.

—No creo que el duque te odie, aun así, creo que deberías hacerle caso a Sophia y vestir siempre como esta noche para que se dé cuenta de que no te faltan pretendientes.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, que se dé cuenta de que sus ideas sobre tu interés por él son absurdas.

—El problema es que no se me da muy bien coquetear.

Gillian sonrió de oreja a oreja.

—No te preocupes. Para eso me tienes a mí.

Capítulo 10

La noche siguiente Agnes todavía no se lo podía creer, mientras el carruaje en el que viajaba junto a Martin y su hermana los llevaba hasta la mansión del conde en Park Lane, que Sophia hubiera sido capaz de conseguir el permiso de Phillip para asistir al evento organizado por el Conde, era algo que no hubiese esperado nunca. Por muy par del reino que fuera el marqués.

Y el caso era que además del inesperado consentimiento, se había topado con la sorpresa de que Gillian les había enviado a Mayweather House a Marianne, su doncella francesa, para que le enseñara a Bridget cómo debía peinarlas para el evento de esa noche.

—Creo que Gillian se ha tomado demasiado en serio nuestra conversación de ayer en el baile —bromeó Agnes con su hermana.

Sophia rio encantada con el nuevo peinado.

—Es una pena que la gente tenga tantos prejuicios sobre ella —comentó Sophia—, si la conocieran se darían cuenta de que no es como piensan.

—¡Lo sé! Gillian es encantadora —había dicho ganándose el asentimiento de su gemela.

El resultado fue que entre el peinado nuevo y los vestidos de Madame Fontaine, las hermanas Carroway estaban tan hermosas que incluso Martin, que las conocía desde siempre, había tragado saliva con dificultad al verlas y sus ojos se habían ido sin remedio al escote que la creación de la modista francesa dejaba tan poco a la imaginación.

Por otro lado, estaba el semblante serio de Phillip cuando las despidió junto a Caro y el gesto de su cuñada tirándole de la manga, como si pretendiera controlar que dijera algo inapropiado.

—No puedo creer que tu hermano os haya permitido asistir a la cena del conde —comentó Martin poniéndole voz a sus propios pensamientos.

—¿Por qué no iba a hacerlo? El conde es un par del reino, así que llámalo marqués —protestó Sophia.

—Él no estaría de acuerdo con eso —respondió el vizconde, y añadió paseando la mirada entre las dos hermanas—, será mejor que esta noche no os quitéis el chal en ningún momento.

Sophia rio con auténtica diversión mientras que Agnes se planteó la posibilidad de hacerle caso a su amigo y evitar quedar... todo lo expuesta que el vestido la dejaba. El vestido que había llevado la noche anterior, a pesar de ser confeccionado por la misma persona, no era tan revelador como el verde que llevaba esa noche.

—No digas tonterías. Estos vestidos no son mucho más atrevidos que los que lucen las mujeres de las fiestas a las que asistimos —protestó Sophia.

—Es posible, pero ellas no son ni tan jóvenes ni tan inocentes como vosotras. Sinceramente creo que vuestro hermano ha perdido la cabeza o... —se calló despertando la curiosidad de ambas.

—¿Qué ibas a decir? —fue Agnes la primera en preguntar.

—Nada. No tiene importancia.

—¡Martin! —protestó Sophia—, dilo de una vez.

Sabiendo que no iban a dejarle en paz hasta que respondiera, lanzó un suspiro molesto antes de hablar.

—Es posible... y que conste que no lo digo como una crítica, que vuestro hermano lo haya consentido con el fin de que os caséis este año.

—Eso es ridículo —apuntó Sophia descartando esa posibilidad ante Agnes. No era buena idea que su hermana se diera cuenta de lo que estaban tramando sin que ella lo sospechara.

Lo primero que llamó la atención de Agnes, fue la amplia escalinata y lo elegante que era la casa. Las paredes eran de un suave tono beis con pequeños toques de dorado, que en lugar de recargar la estancia, le daban un toque de modernidad. Los techos eran altos y, gracias a los espejos estratégicamente colocados que reflejaban la luz de las velas, la antesala estaba llena de luminosidad, lo que la hacía más acogedora.

El marqués estaba en la entrada recibiendo a sus invitados, demasiado concentrado en una dama con un vestido blanco mucho más descarado que el suyo propio, por lo que no reparó en el interés que estaba despertando en Lady Agnes, quien se permitió observarlo con tranquilidad.

Reece Chadburn, conde de Adernò y marqués de Rockingham era mucho más interesante de lo que ella había imaginado. Incluso en la distancia emanaba cierto aire de peligro que resultaba muy atractivo. Sus ojos de un color ambarino le recordaban al de los reyes de la selva, salvajes y peligrosos, y de algún modo lejano también le recordaba al duque de Grafton e incluso al duque de Rutland, aunque en el marqués todo parecía más intenso.

Estaba pensando en ello, cuando la dama que les precedía se apartó y les dejó frente a frente con el anfitrión. Sophia y Martin tomaron la iniciativa y fue este último quien se lo presentó. Él con una cortesía exquisita besó su mano enguantada y anunció que la acompañaría al comedor.

Agnes no sabía quienes eran las invitadas de esa noche, pero dudaba que ella fuera la de más alto rango, de modo que sus atenciones llamarían la atención de los asistentes. A pesar de todo, aceptó su brazo y permitió que la guiara, y no protestó cuando la hizo tomar asiento a su izquierda, lo más cerca posible de la cabecera de la mesa.

Una vez que se sentaron, el resto de los invitados, guiados por los lacayos, tomaron sus respectivos lugares. Para su sorpresa, terminó sentada junto al duque de Rutland, quien la saludó con suma amabilidad, seguramente tratando de resarcirla por sus impertinencias del día anterior.

Sophia sonrió encantada entre el duque de Grafton y Martin.

—¿Me permites preguntarte por qué pareces tan feliz? —inquirió el duque.

Ella le miró con coquetería.

—Creo que ya lo has hecho.

Él trató de mostrarse arrepentido.

—Mis disculpas.

La dama volvió a sonreír.

—No te preocupes, tenía previsto permitirte. Sonríe porque me alegra que tu primo haya dejado de lado al duque de Rutland en favor de mi hermana.

—Lamento contradecirte, pero el desplante se debe principalmente al duque. Reece no siente mucho afecto por él.

—Pero es su primo —comentó confusa.

—¿Y? La consanguinidad no lleva aparejado el afecto.

Ella no supo qué más decir, por lo que guardó silencio y centró su atención en el plato de sopa que les habían servido.

Estuvieron comiendo unos minutos y tratando de unirse a la conversación que Agnes y el conde mantenían, cuando Grafton volvió a llamar la atención de Sophia.

—¿Por qué de repente te muestras tan predispuesta a odiar al duque? Hasta hace unas horas lo encontrabas el cuñado perfecto.

Ella se giró para mirarle directamente a los ojos y Grafton pudo ver que fuera cuál fuera el motivo de su cambio su preferencia había cambiado.

—Ha sido descortés con mi hermana en varias ocasiones —se limitó a decir.

—Adler sería incapaz de ofender a una dama, aunque no niego que tiende a tener poco tacto a la hora de hablar. Su padre era muy estricto con los modales y él lo aprendió bien.

—Pues lamento contradecirlo, excelencia —dijo ella volviendo a las formalidades—, pero su primo ha ofendido profundamente a mi hermana y no pienso permitir que vuelva a suceder.

Andrew asintió y guardó silencio durante unos minutos para posteriormente tratar de retomar la conversación.

—¿Debo suponer que has cambiado tu interés de Rutland a Rockingham?

Sophia se lamentó por ser tan evidente, pero no tenía previsto mentir, por lo que asintió sin dejar de mirarle.

—¿Sabes? En otro momento te habría dicho que era una completa locura porque si casar a Rutland era difícil, casar a Rockingham era imposible. No obstante, después de escuchar que mi primo ha aceptado que Lady Agnes le llame marqués ya no estoy

tan seguro. Eso sin contar con que lo ha dicho abiertamente y delante de la chismosa más grande de Londres, la marquesa viuda de St. James.

—¿Quién es la dama del vestido blanco? Aunque me han dicho su nombre, no logro adivinar qué relación tiene con el conde.

Andrew se inclinó más sobre ella con la aparente intención de no ser escuchado y la intención real de provocarla y le susurró en el oído:

—Es una cantante de ópera italiana.

—¡Oh! ¿Actuará en Londres esta temporada?

Grafton sonrió enigmáticamente.

—La señorita Bianchi no actúa en los lugares que una dama como tú o tu hermana frecuentáis —comentó.

—¿Y por qué la ha invitado el conde?

—Para molestar a Rutland, por supuesto.

—¡Oh! —exclamó Sophia al comprender el significado que ocultaban esas pocas palabras—. ¿Estás diciendo que ella es la amante del duque?

Andrew se atragantó con la comida y tuvo que darle un sorbo a su copa de vino para recuperarse.

—Creía que las damas educadas no eran conscientes de la existencia de las amantes.

Sophia rio antes de responder.

—Se supone que una dama no debe mencionar a las amantes de su esposo, pero Rutland no es mi esposo y yo no soy una dama convencional.

—Es evidente que no lo eres, querida.

—¿Significa eso que lo es? ¿Es la señorita Bianchi la amante del duque de Rutland?

Grafton negó con la cabeza.

—Hace meses que esa relación se rompió.

—Comprendo.

Él sonrió.

—No, no lo hace, pero me gusta que no lo haga.

Capítulo 11

Agnes tuvo que reconocerse a sí misma, que durante la primera media hora el marqués había logrado engañarla con sus atenciones. Desde que la recibió, no había dejado de agasajarla e, incluso, cuando había cometido la torpeza de llamarlo marqués, él había proclamado frente a todos sus invitados, que, junto con su primo, el duque de Grafton, ella era la única persona que podía llamarle de ese modo sin que se sintiera ofendido.

En ese momento, había notado con el duque de Rutland se tensaba en su silla, pero no se había atrevido a mirarlo para no confundirle de nuevo y que creyera que tenía intención de cazarlo en un matrimonio.

Tras la declaración, había habido otros momentos en los que había sido extremadamente atento, pero no fue hasta que la invitó a salir de paseo con él, que no comprendió que lo único que pretendía con sus atenciones era molestar a su primo. Del mismo modo en que lo había pretendido al sentarla a su lado, degradándolo un asiento a pesar de su título y de su parentesco.

Lo que se le escapaba de toda la historia era por qué el marqués pensaba que sus atenciones podrían molestarle al duque. Debía de desconocer lo sucedido en Hyde Park, lo que indicaba dos cosas, que su pequeño desencuentro no había llamado la atención de los presentes o que el marqués no estaba interesado en los chismes. En cualquier caso, el hecho era que desconocía el modo en que la había rechazado, aún a pesar de que ella se había cuidado mucho de no desvelar su interés.

Ni siquiera se lo había confesado a su hermana y, en ningún momento había actuado de alguna manera que pudiera darle a entender su inclinación. Con lo único con lo que había contado el duque era con su tremendo ego.

Fuera como fuera, era evidente que el marqués estaba equivocado y que el único motivo por el que Rutland estaba molesto

era porque se le había relegado mientras que Grafton estaba recibiendo las atenciones propias de su rango.

—Dígame, lady Agnes, ¿la sopa es tan interesante o es que le aburre la conversación con mi primo? —preguntó el marqués, sacándola de golpe de sus pensamientos.

Se había ensimismado tanto, que había captado la atención del marqués, que hasta ese momento había estado hablando con el duque de Grafton y con su hermana.

Notó cómo se le encendían las mejillas, pero alzó la mirada y la clavó en Rockingham. Puede que la actitud del duque hubiera sido insultante, no obstante, la actuación de su primo no era mucho mejor. No le gustaba que la utilizaran y eso era precisamente lo que estaba haciendo el marqués.

—La sopa está deliciosa —se limitó a responder.

No tenía ninguna intención de defender al duque ni de darle munición a Rockingham para que lo atacara. Lo que hubiera sucedido entre ellos no era cosa suya.

No obstante, el marqués malinterpretó deliberadamente sus palabras y soltó una carcajada de diversión.

—Lamento haberla sentado junto a Rutland, milady. Menos mal que estoy aquí para contrarrestar el carácter tedioso de mi primo —dijo en un tono pagado de sí mismo.

Ella trató de parecer indiferente.

—Es muy amable por su parte, pero la conversación con su excelencia no es aburrida, sino más bien inexistente. Puede que sea yo la que le resulta letárgica a él y por eso la evita.

El marqués la miró con renovado interés unos segundos antes de cambiar el gesto y mostrarse divertido por su respuesta.

—¡Imposible, milady! Sin duda es culpa de mi primo. Usted es una de las damas más encantadoras que he tenido el placer de conocer —respondió él exageradamente.

—Gracias, milord. No le conozco lo suficiente como para devolverle el cumplido —dijo y notó la mirada de sorpresa de Sophia clavarse en ella.

El marqués inclinó la cabeza aceptando sus palabras y Agnes tuvo que reconocer que su actitud parecía sincera, lo que lo hacía

más peligroso de lo que había imaginado.

—Acepto que tiene razón y me ofrezco a dejar que me conozca para que emita un juicio justo sobre mí.

—Será un honor.

Él la miró serio, como si fuera lo que fuera lo que había hecho acabara de ganarse su respeto.

—De nuevo, me disculpo sinceramente con usted. Tendría que haberla sentado junto a alguien lo suficientemente inteligente como para saber ver su valía.

—Su compañía es más que suficiente, milord —dijo, ignorando las miradas del duque que debía de sentirse insultado por las palabras de su primo.

La conversación entre Agnes y el marqués había despertado el interés de Rutland, que parecía debatirse entre intervenir en la conversación o mantenerse en silencio. Fuera como fuera, estaba molesto, tanto por la velada crítica de Agnes como por los directos ataques de su primo. Al ser consciente de ese hecho la rabia bulló en ella. No era una persona violenta o que se molestara con facilidad, más bien todo lo contrario. El problema era que después de todo lo que había sucedido en el parque, en el baile, e incluso en lo que iba de la cena, el que se sentía con derecho a molestarse era él.

En un acto reflejo se giró y miró al duque con toda la altanería que pudo acumular. Una parte de ella esperaba que él no dijera nada y otra, que desconocía de sí misma, deseaba que hiciera todo lo contrario, que se atreviera a pedirle explicaciones.

El marqués por su parte, estaba tratando de captar su atención, pero Agnes estaba más interesada en el duque en esos instantes.

—Lamento parecerle tan tedioso —dijo este por fin.

Agnes sonrió con fingida candidez.

—No se preocupe, excelencia. Puede seguir con sus silencios, esta noche el marqués está supliendo sus carencias —y tras decir lo que era claramente grosero e inesperado en una mujer tan tímida como ella, se dio la vuelta y sonrió al marqués con un brillo triunfal en los ojos que cautivó al anfitrión como ninguna dama lo había logrado antes.

Capítulo 12

Andrew Manners, duque de Grafton, sabía que esa velada era una oportunidad que no debía desaprovechar si pretendía conquistar a Lady Sophia. Por primera vez, desde que comenzó a observarla, la dama estaba sola, sin su familia ni sus amigas para protegerla. Instintivamente miró al vizconde Townshend, el único que podía interponerse en su camino, pero él estaba demasiado ocupado con los encantos de la señorita Bianchi como para ser un estorbo en sus planes. La cantante italiana parecía haberle cautivado por completo.

El duque había aprovechado la cena para hablar con ella más de lo que había hecho hasta el momento, e incluso ponerla nerviosa con su acercamiento, pero para tener éxito y que ella aceptara su mano en matrimonio necesitaba otra cosa que hasta el momento no había alcanzado: un grado más de intimidad.

Con esa idea en mente, cuando los invitados se fueron uniendo en grupos para charlar o jugar a las cartas, él aprovechó la ocasión para invitarla a dar un paseo por la galería de retratos del marqués. Conocía perfectamente la mansión londinense de su primo, lo mismo que al mayordomo y a la mayoría de los sirvientes, detalle que le permitiría moverse por la casa sin temor a ser importunado.

Aprovechando que Townshend estaba ocupado con la señorita Bianchi y viendo el interés que Lady Agnes había despertado entre sus primos, aprovechó la ocasión para llevarse a Sophia a su terreno.

—¿Crees que es buena idea visitar la galería de retratos ahora mismo? —preguntó Sophia, preocupada por su hermana.

De alguna manera Lady Agnes se había visto envuelta en el conflicto familiar que Rutland y Rockingham arrastraban.

—Sin duda es el mejor momento. Tu hermana necesita que le des un poco de espacio o se dará cuenta de tus intenciones. Además, de algún retorcido modo está siendo cortejada por dos

pares del reino —dijo esa última frase sabiendo que le serviría de disuasión para Sophia.

—De acuerdo —aceptó ella, confiando por completo en sus palabras, lo que le valió al duque una punzada de culpabilidad que no había esperado sentir cuando comenzó su búsqueda de la esposa adecuada.

Ingenuamente Sophia lo siguió hasta el piso de arriba sin dudar un instante, y su completa confianza desarmó al duque, que comenzó a plantearse la posibilidad de cambiar de objetivo. Quizá podía encontrar otra esposa que no fuera Lady Sophia, una mujer que no le importara tanto como ella. Alguien a quien manipular sin sentir el aguijón de la culpa... Sin embargo, su propio egoísmo y el deseo de hacerla suya se impusieron a su decencia y apartó cualquier pensamiento honesto de su mente. Decidido a llevar a las últimas consecuencias su plan.

—Entiendo que te preocupes por tu hermana, pero ¿no has considerado la posibilidad de casarte tú en primer lugar? —preguntó después de haberle mostrado a los marqueses más ilustres de su familia materna, quienes posaban majestuosos en la galería de retratos.

Sophia pareció sorprenderse por la pregunta, pero se recompuso con rapidez.

—Creo que me has malinterpretado si crees que no deseo casarme. Lo que no deseo es casarme con alguien solo porque es adecuado para mí.

El duque lo pensó unos segundos antes de preguntar de nuevo.

—¿Estás tratando de decir que deseas un matrimonio por amor?

Ella asintió.

—Eso es exactamente lo que acabo de decir.

—Siento ser yo quien te lo diga, querida, pero el amor no siempre funciona. En realidad, casi nunca lo hace —comentó muy serio.

Era demasiado joven como para saberlo, pero él no lo era tanto. Había visto el matrimonio de sus padres y el de su propia hermana como para saber que el amor no era suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—Que el que estés enamorada de tu esposo no significa nada si él no siente lo mismo que tú.

Lady Sophia se sonrojó y desvió la mirada unos segundos.

—Mi intención es casarme con alguien que me corresponda.

—¿En qué grado?

—¿Perdón?

—Puede que esa persona a la que amas te ame, pero también es probable que no te ame con la misma intensidad y, dado el caso, sería lo mismo que si no te amara en absoluto.

—¿Qué sucede, excelencia? —preguntó Sophia al notar la melancolía en su voz—. ¿Acaso no crees en el amor?

El duque hizo una respiración profunda mientras evaluaba la posibilidad de ser sincero con ella o no. Decidió que ya que iba a ser su esposa se merecía, al menos, conocer la historia.

—Mi padre adoraba a mi madre, el problema era que ella se amaba más a sí misma que a él, lo que hizo que su matrimonio fuera desgraciado y, con ello, la infancia de sus dos hijos.

—No creo que amarse a uno mismo más que a otra persona sea una actitud equivocada. De hecho, estoy segura de que las únicas personas a las que amaré más que a mí misma son a mis hijos —declaró con seguridad.

El duque sonrió con tristeza.

—Ese un pensamiento elogiabile, milady.

—Solo he dicho lo que siento.

Él se inclinó un poco para ponerse a la altura de ella.

—¿Estás segura de que no amarás a tu esposo más que a ti misma? No creía que fueras una romántica, pero ahora estoy segura de que lo eres.

Ella negó con la cabeza.

—Por mucho que amara a mi esposo jamás le permitiría que me hiciera daño.

Andrew se irguió rápidamente al escuchar su respuesta y carraspeó incómodo.

—Los caballeros no hacen daño a las damas.

—No me refiero al daño físico, sino al daño moral. Y te aseguro que los caballeros sí que hacen daño a las damas. Sobre todo,

aquellos que tienen amantes.

Grafton sonrió.

—De modo que volvemos al tema de las amantes.

—Esta vez no ha sido culpa mía, tú lo has sacado.

—¿De verás? ¿Y por qué no recuerdo haberlo hecho?

Ella se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —preguntó en voz tan baja que pareció un susurro—. ¿Quieres saber por qué los caballeros tienen amantes?

Ella asintió.

—Porque buscan pasión. ¿Sabes lo que es la pasión, Sophia?

Ella asintió un instante antes de darse cuenta de que conocía su significado, aunque nunca lo hubiera experimentado por lo que dejó de asentir y comenzó a negar con la cabeza.

El duque le sonrió un instante antes de inclinarse sobre ella y besarla.

El contacto con sus labios hizo que su cuerpo entero se llenara de una agradable tensión. No era la primera vez que la besaban, la temporada anterior había recibido algún que otro beso robado, pero ninguno de ellos se parecía a lo que estaba sucediendo en esos momentos. Inconscientemente se aferró con fuerza de las solapas de la chaqueta del duque y le acercó aún más a ella.

Su mente dejó de funcionar, lo único que tenía sentido en ese momento era su boca devorando la suya, sus brazos rodeándola, su cuerpo pegado al cuerpo duro y fuerte del duque... Sin duda era una experiencia que nunca antes había experimentado. Abrió los labios para protestar, pero él aprovechó la ocasión para profundizar aún más el beso, y la caricia de su lengua la excitó. Era una sensación nueva para ella que, en primer lugar la confundió y que después, la instó a moverse. Aturdida por las sensaciones, le soltó las solapas, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos para acercarse más a él. Necesitaba más, mucho más aunque no supiera de qué.

Él soltó un gemido ronco contra sus labios, le puso las manos en las nalgas y la alzó del suelo hasta que quedaron cadera contra cadera. En aquella posición tan íntima era inevitable que Sophia

notara su erección, y eso fue lo que le permitió recobrar un vestigio de cordura. Se apartó asustada de su propia reacción y antes de que el duque pudiera decir nada, huyó de la galería, dejándolo allí, excitado y completamente confundido.

Capítulo 13

Lady Sophia no podía conciliar el sueño, y en esa ocasión sus desvelos no tenían nada que ver con su hermana, sino con sus propias preocupaciones. Preocupaciones que habían surgido tras el beso compartido con el duque. Un beso que la había trastornado más de lo que podía comprender.

Mientras estaba entre sus brazos, su cerebro había dejado de funcionar racionalmente instándola a pegarse más a él, ansiosa por fundirse con el hombre que la sostenía. Y esas sensaciones la habían asustado tanto, que había huido sin mediar palabra y, por lo mismo lo había evitado el resto de la noche.

¿Qué clase de mujer era si era capaz de perder el control de ese modo por un simple beso?

Esa misma noche el duque había tenido razón en su apreciación de que era una romántica, pero lo que había sentido cuando sus labios se tocaron no tenía nada que ver con el romance y sí con una sensación completamente nueva y poderosa que nunca antes había experimentado. ¿Estaría acaso enamorada?

Se incorporó en la cama, asustada por su propio pensamiento.

—No, no, no —dijo al dormitorio vacío.

Confusa se dejó caer de nuevo en el lecho.

No podía estar enamorada, se dijo. No tenía tiempo para eso, primero tenía que casar a Agnes, y después podría buscar su propia felicidad...

Pero ¿y si sí que lo estaba? ¿Qué iba a hacer? Tras su conversación con el duque, había llegado a la conclusión de que este no creía en el amor para siempre y, probablemente, tampoco en la fidelidad conyugal. Y otro problema era que, aunque la hubiera besado, en ningún momento había hablado de nada que pudiera interpretarse como afecto o inclinación al matrimonio. De hecho, el beso había sido propiciado por su propio interés en las cortesanas.

—¡Basta! ¡Déjalo ya! —se dijo a sí misma. Molesta por su incapacidad para dejar el tema.

Y en un intento de dejar la mente en blanco, se levantó de la cama, se puso la bata y salió de su dormitorio en busca de su hermana.

Entró en el dormitorio sin llamar, preocupada por despertarla si estaba durmiendo, pero cuando abrió la puerta se topó con que Agnes leía en su cama.

—Lo siento, no he llamado por si dormías —se disculpó.

Su gemela le sonrió serena.

—No tienes por qué llamar. No hay secretos entre nosotras —dijo al tiempo que destapaba las mantas para que Sophia se metiera en la cama.

—¿Por qué no duermes? —preguntó Sophia subiéndose la colcha hasta el cuello.

—No puedo conciliar el sueño. —Se encogió de hombros—. Supongo que me he desvelado. ¿Por qué no duermes tú?

—También me he desvelado. —Y añadió en un tono que pretendía ser casual—. La cena de esta noche ha sido interesante.

—Supongo que lo ha sido, aunque yo no usaría ese adjetivo para definirla.

—En ese caso ¿cuál usarías? —la curiosidad brillaba en los ojos de Sophia.

—Tal vez incómoda y, sin duda, también entretenida —comentó tratando de esconder una sonrisa.

—¡Agnes Rose Carroway! —amonestó su hermana—. No te rías y cuéntame inmediatamente por qué has elegido esas palabras —pidió muy seria.

La aludida dejó el libro en la mesilla de noche y se dio la vuelta para estar frente a frente a su hermana.

—Ha sido incómoda porque me he visto en medio de las rencillas familiares del duque y el marqués, y entretenida porque, a pesar de que no era real, me ha gustado recibir las atenciones del marqués, sobre todo porque era evidente que estas molestaban al duque.

Sophia soltó una risita divertida.

—Eres más pérfida de lo que pensaba, hermanita.

—No lo soy. Es solo que la actitud del duque me resultó ofensiva y molesta. Inicialmente traté de comprenderlo, pero ahora no deseo

hacerlo. Soy una dama y se supone que he de ser tratada con respeto. Y si hay alguien que debería seguir esas reglas es un duque. ¿No crees?

Sophia asintió muy seria.

—He decidido que voy a cambiar mi vida.

—¿En qué sentido?

—Voy a buscarme un marido más atractivo y rico que el duque de Rutland. Si lo hago dejará de creer que estoy interesada en su título.

—El duque no cree que te interese su título. Estoy segura.

Sophia le acarició la mejilla con cariño, y Agnes se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no creo que molestar a Lord Rutland sea una razón adecuada para buscar un esposo. También deberías amarle.

—Estoy dispuesta a amar a mi esposo —comentó con decisión—, solo estoy diciendo que voy a darme la oportunidad de enamorarme de alguien mejor que el duque de Rutland. No debe de ser tan difícil.

—Por supuesto que no, cariño.

Sophia se dio cuenta de que su hermana acababa de hacerle una confesión respecto a sus sentimientos por el duque, pero no queriendo presionarla más de lo que debía, dada la experiencia de esa noche, guardó silencio y la dejó proseguir.

—¿Y tú, Sophi? ¿También estás dispuesta a encontrar el amor?

—Es posible.

—El duque de Grafton está interesado en ti, ¿qué piensas de él? Y no te pregunto sobre lo buen partido que es.

Sophia no respondió inmediatamente porque no podía. El duque no estaba interesado en ella, o al menos, no tenía la certeza de que lo estuviera. Puede que Agnes lo creyera, pero era porque él se lo había dicho para enmascarar el hecho de que Sophia planeaba encontrarle marido a su hermana.

—No estoy segura de lo que siente el duque —dijo, tratando de ser lo más sincera posible—. Es amable y atento, pero estoy segura de que me ve como a una amiga.

Agnes la miró a los ojos unos segundos antes de sonreír con afecto.

—Los duques no tienen amigas.

—Eso no es cierto. Pueden ser duques, Nes, pero son personas también —defendió su hermana.

—Lo sé y lo siento. Supongo que es el rencor que siento por Rutland lo que me ha hecho hablar así.

—No tienes por qué disculparte.

Agnes asintió y se quedó en silencio con la mirada perdida unos instantes. Cuando volvió a hablar, su tono era mucho más solemne.

—No te lo he dicho nunca, pero hay alguien a quien conozco mejor incluso que a mí misma. Sé en todo momento lo que está pensando y, a veces, confundo sus pensamientos con los míos. No te lo he comentado antes porque sé que suena de locos, pero te juro que es cierto.

Sophia le ofreció una sonrisa avergonzada.

—Yo también soy capaz de adivinar tus sentimientos solo con verte el rostro.

—En ese caso sabrás que no me has engañado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con renovado interés.

—Sé lo que has pretendido desde el instante en que me arrastraste a la tienda de Madame Fontaine.

—No sé de qué hablas —trató de disimular Sophia.

—Sé que has decidido buscarme esposo esta temporada, y sé que tu primera opción fue Rutland, pero Sophia, soy perfectamente capaz de buscar un marido por mí misma. Lo que deseo es que te ocupes de tu felicidad, igual que yo me ocuparé de la mía. ¡Prométemelo!

—Soy la hermana mayor, es mi deber...

—Solo eres unos minutos mayor que yo —protestó Agnes.

—Aun así, lo soy.

—¡Prométemelo! —insistió, decidida a salirse con la suya.

Sophia suspiró exasperada.

—¡De acuerdo! Te lo prometo —dijo, por fin.

Agnes le ofreció una sonrisa satisfecha.

—¡Maravilloso! Ahora háblame de lo que sientes por el duque de Grafton y no te dejes ningún pensamiento grandilocuente, necesito pensar en cosas tediosas para dormirme— bromeó.

—¡Agnes! —se quejó su hermana fingiéndose ofendida.

Capítulo 14

—Querida, ¿es cierto lo que se comenta en los corrillos de esta noche? —preguntó Lady Alice Whinthrope, marquesa de Hawkscliffe, mientras se tomaban un ponche con sus amigas en el baile de los vizcondes de Torrigton.

—No deberías de dar veracidad a los chismes —apuntó Caro, la cuñada de Sophia.

Lady Gillian miró a sus amigas y escondió una risita. No era la primera vez que la vizcondesa regañaba a la marquesa en su presencia, pero la expresión de fingida compunción de la marquesa era digna de verse.

—No lo hago, por eso le he preguntado directamente a la fuente —comentó sin apartar la mirada de la protagonista del cotilleo.

Agnes apartó la mirada de Gillian y se cubrió la boca con el abanico para disimular su propia risita.

Alice era una de sus favoritas. No solo era amable y afectuosa, sino que también era sincera y de ingenio rápido.

—No es cierto. El duque solo ha sido amable conmigo por pura cortesía. —Sophia se sonrojó de repente, cuando de forma completamente inconsciente el recuerdo del beso que habían compartido inundó su mente.

Tan solo habían pasado veinticuatro horas y, desde entonces, no había vuelto a hablar con él, lo que la tenía nerviosa y preocupada. Tampoco era que hubiera esperado flores o alguna nota, pero sí al menos que se hubiera acercado a ella en el baile de esa noche. Quizá que exigiera que le reservara el vals... algo que dejara claro su postura respecto a ella.

—Por lo que dicen ha sido mucho más que cortés —replicó Lady Alice, pero inmediatamente fue amonestada por Caro.

—Estoy segura de que... —Gillian iba a decir que creía que el interés del duque por su amiga era real, pero la inesperada aparición del causante del chisme la acalló sin que hubiera terminado la frase.

—Buenas noches, miladys —saludó haciendo una breve reverencia. Después de todo, por muy damas que fueran, él era un duque y no tenía que inclinarse más que ante el Rey o, en su defecto, ante el Regente.

Como era de esperar, fue la marquesa la que tomó la iniciativa en la conversación.

—Excelencia, no lo creerá, pero precisamente estábamos hablando de usted —dijo ganándose la mirada horrorizada de las jóvenes y una recriminatoria de la vizcondesa.

—Jamás dudaría de la palabra de una dama —contestó él, conciliador—. Y menos si la dama en cuestión es usted, Lady Alice.

Ella no pareció inmutarse por la lisonja.

—¿No le interesa saber qué era de lo que hablábamos?

El duque le ofreció una sonrisa serena antes de responder.

—Solo me interesa lo que esté dispuesta a contarme, milady. Nunca cometo el error de interrogar a una dama si puedo evitarlo.

—Debe de haberse visto en esta clase de situaciones en más de una ocasión, visto que sabe perfectamente cómo actuar.

Él negó con la cabeza.

—En realidad no. Supongo que el tener una hermana mayor me ha enseñado lo que no debe hacer un caballero que se precie de serlo.

—Una respuesta perfecta, excelencia —halagó Alice con sinceridad.

El duque se inclinó como respuesta.

—Y la mención a mi hermana me recuerda el motivo por el que me he acercado a saludarlas —anunció, y se dio la vuelta para mirar directamente a Sophia, quien había agradecido no participar de la conversación, dado lo nerviosa que estaba tras su inesperada aparición—. Mi hermana desea saludarla, Lady Sophia, me haría el honor de permitirme escoltarla hasta ella.

—Gracias, excelencia. Será un honor —contestó, un poco confusa por la petición.

Él le ofreció el brazo y Sophia lo enlazó al suyo. Se despidieron de sus acompañantes y se alejaron entre la multitud que abarrotaba el salón de baile.

—Supongo que ya tenemos la respuesta a los chismes —anunció Lady Alice.

—¿Crees que pretende casarse con ella? —preguntó Lady Caroline Carroway a la marquesa.

—Lo acaba de dejar claro al escoltarla hasta donde se encuentra su hermana, Caro. No lo dudes.

Agnes y Gillian compartieron una sonrisa cómplice, encantadas con lo que Alice acababa de decir. El duque de Grafton era la clase de esposo que Sophia se merecía. Agnes no tenía ninguna duda de ello.

Sophia había hablado en varias ocasiones con Lady Judith, por lo que no era descabellado que ella quisiera saludarla, no obstante, para hacerlo solo habría sido necesario que se acercara ella misma. El que enviara a su hermano a buscarla en medio de un baile daba a entender más de lo que seguramente pretendía.

—No creo que haya sido buena idea que me escoltara, excelencia. Todo el mundo nos está mirando —dijo en un tono más formal al que solía utilizar para hablarle.

—No te preocupes, no te miran a ti, me miran a mí. Me sucede siempre —dijo él tratando de bromear con ella para aligerar su tensión.

—Estoy segura de ello, pero en esta ocasión no tengo la menor duda de que nos están observando a ambos. —Y añadió—. Tal vez sería mejor que me dejara ir a mí sola hasta su hermana.

El duque, que no se esperaba esa respuesta, se detuvo y la miró confuso.

Sophia iba a tratar de explicarse, cuando él volvió a ponerse en marcha, solo que con un rumbo distinto. Antes de que se diera cuenta de a dónde se dirigían, se vio arrastrada por los pasillos de la casa del vizconde. El duque se detuvo frente a una puerta y, tras abrirla, se dio cuenta de que se trataba de la biblioteca.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo sabías que esta sala era la biblioteca?

Sophia se había situado lo más pegada posible a la pared, incómoda con la intimidad que la estancia les confería. La última vez

que habían estado juntos y a solas todo había estallado por los aires creándole una serie de dudas a las que todavía no les había encontrado una respuesta satisfactoria.

—¿A qué pregunta te respondo primero?

—A la que desees.

—El vizconde es uno de mis mejores amigos, por lo que he estado en esta casa infinidad de veces. Y respecto a lo que hacemos aquí es evidente que aclarar algún que otro malentendido.

—¿Malentendido?

—Es evidente. Aunque supongo que es mi culpa, de modo que tengo toda la intención de aclararlo cuanto antes —dijo acercándose a ella.

Sophia se removió incómoda, pegándose más a la pared, pero no se alejó.

—No comprendo...

—¿Por qué crees que te besé? No pensarás que beso a todas las damas que conozco, ¿verdad?

—No lo sé, yo...

—Te besé porque deseo hacerte mi esposa, mi duquesa. Te elegí desde el primer momento en que te vi hablando con mi primo. Fue por eso por lo que me acerqué y fue por eso por lo que te ofrecí mi ayuda con tu hermana —hizo una pausa para evaluar su reacción. Después de todo, lo que había dicho era cierto, aunque hubiese seleccionado una parte de la verdad, no por ello dejaba de serlo.

—¿Te... te estás declarando?

—Supongo que lo estoy haciendo, pero solo porque me he visto forzado a hacerlo.

—¿Disculpa?

—Quiero decir, que antes de hablar contigo se espera que lo haga con tu hermano. Deseo hacer las cosas correctamente. — Aunque su matrimonio fuera un arreglo a su conveniencia deseaba actuar como se suponía que debía hacerlo un caballero.

—¡De acuerdo!

El duque sonrió y se inclinó para besarla, pero ella se tensó antes siquiera de que sus labios se rozaran. Se detuvo a sí mismo decidido a complacerla.

Puede que su matrimonio sirviera a sus propios planes, pero, aun así, deseaba complacerla en todo lo que estuviera a su alcance. Como si al hacerlo pudiera compensarla por el dolor que iba a tener que soportar al casarse con él.

—No te tocaré hasta la boda si así lo deseas —ofreció.

—Sí que lo deseo, es solo que...

Andrew esperó a que siguiera, pero ella parecía poco dispuesta a continuar.

—¿Sophia?

—Es solo que cuando ayer me besaste yo... quería... deseaba... No sé lo que deseaba, el caso es que me sentí rara. No me reconocí a mí misma.

Él sonrió y le dio un casto beso en la mejilla.

—¿Solo te sientes así conmigo?

Ella asintió.

—No debes preocuparte por eso, tu reacción es perfectamente normal. De hecho yo también me siento de ese modo contigo.

—¿De veras?

—¡Por supuesto! Se llama deseo y es un sentimiento de lo más común en la especie humana —sonrió para tranquilizarla—. Ahora por el bien de mi autocontrol, lo mejor será que regresemos al baile.

Sophia asintió.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de que hemos desaparecido juntos? —preguntó, temerosa de su respuesta.

—No lo dudes.

—¡Oh! ¡Oh!

—No te preocupes, todo pasará cuando anunciemos nuestro compromiso. Mañana mismo iré a visitar a tu hermano. Confía en mí —dijo besándole la mejilla y estrechándola entre sus brazos.

Le había pedido confianza, le había hablado de deseo y le había ofrecido matrimonio, pero el amor no había aparecido en la conversación, pensó Sophia sintiendo que a su sueño le faltaba un ingrediente importante.

Sophia tenía la sensación de que el duque la había llevado hasta su hermana para recibir el beneplácito de la vizcondesa Portman. Ya

que Lady Judith no solo la había saludado efusivamente delante de la alta sociedad en pleno, sino que, además, la había invitado a tomar el té en su casa la tarde siguiente. Por supuesto, había extendido la invitación para que Agnes la acompañara, seguramente para que no se sintiera incómoda ni presionada, o tal vez lo había hecho por ella misma, porque le agradaba la compañía de su hermana.

Tras su conversación con Lady Judith, Sophia había regresado junto a Caro, quien había hecho gala, una vez más, de su discreción, y no había hecho ninguna alusión a lo sucedido esa noche.

Capítulo 15

Agnes se había separado de Gillian, cuando el barón Dacre la buscó para reclamar el baile reservado en su carné. Desde lo sucedido en Hyde Park, su carné siempre estaba lleno. Jamás hubiese imaginado que su desencuentro con el duque de Rutland la convertiría en alguien tan notoria a los ojos de la sociedad.

De un tiempo a esa parte, las dos hermanas Carroway eran la comidilla de los salones de baile. Por un lado, se especulaba con que Lady Sophia se convirtiera en la nueva duquesa de Grafton y por el otro, se comentaba el desplante que Lady Agnes le había hecho al duque de Rutland al dejarle plantado en pleno Hyde Park, como si en lugar de tratarse por el rechazo del duque hubiera sido producto de todo lo contrario.

Tratando de no hacer caso a las habladurías, tras el baile con el barón había aceptado la invitación de este de escoltarla hasta la mesa de refrigerios; no es que el barón fuese alguien de su agrado, pero no podía negar que con tanto movimiento se sentía sedienta y agotada. Por esos motivos se encontraba allí charlando con Dacre, cuando vio que se acercaba alguien a quien ni en un millón de años hubiese esperado ver en una fiesta como aquella. El marqués de Rockingham caminaba decidido hasta donde se encontraba con la mirada clavada en ella.

—Buenas noches, Lady Agnes —tomó su mano enguantada y se la llevó a los labios—. Dacre —fue el escueto saludo que le dedicó al barón.

—Adernò —el barón hizo una inclinación haciendo notar la diferencia de rango, aunque no usó su título inglés, e, inesperadamente después se despidió de ellos, alegando que debía saludar a alguien que acababa de llegar a la fiesta.

—Creo que le ha asustado, marqués —comentó Agnes viendo cómo se alejaba su anterior pareja de baile.

—Supongo que suelo causar ese efecto en algunas personas. Y en especial en alguien tan petimetre como el barón.

—Me alegra comprobar que no parece aturdido por ello.

El marqués soltó una carcajada, que captó la atención de los que estaban cerca de ellos.

—No soy una dama, Lady Agnes, yo no me aturdo. Me pongo furioso o me enervo, pero nunca me aturdo.

Ella lo observó en silencio unos instantes, pero la expresión del marqués no cambió lo más mínimo.

—Supongo que mi elección de palabras no ha sido la más acertada.

Él sonrió divertido, pero no trató de contradecirla. De hecho, se mantuvo en silencio a la espera de que ella retomara la conversación.

—Esta es la primera vez que le veo en esta clase de eventos — trató de cambiar de tema Lady Agnes.

—Si está pensando en que me he colado en la fiesta sin invitación he de decirle que no es así. El vizconde es amigo mío desde Eton. Además, durante la temporada recibo cientos de invitaciones que, por supuesto, rechazo. Esta clase de fiestas me resultan tediosas.

Agnes sonrió. El marqués era a cada segundo que pasaba con él, más y más interesante.

—Por supuesto.

Lord Rockingham se puso serio.

—En realidad estoy aquí porque deseaba verla a usted.

—Creía que estaba aquí porque Lord Torrington es su amigo —lo pinchó ella con descaro.

—Bueno, eso también es cierto, pero principalmente he venido para disculparme con usted. La puse en una situación incómoda la otra noche en mi casa. Reconozco que la usé para molestar al duque.

—Así es.

El rostro del marqués esbozó una mueca entre la sorpresa y la diversión.

—Veo que no tiene intención de ponérmelo fácil.

—Así es, milord. Continúe, por favor.

Para darle un poco de teatralidad al momento, él carraspeó y se irguió de un modo exagerado, aunque en el último momento se inclinó sobre ella para susurrar lo más cerca posible de su oreja.

—¿Desea que me arrodille? Después de todo esto es una petición de perdón.

—¿Está seguro de que podría hacerlo? —preguntó ella mirando alrededor para alertarle de la cantidad de rostros que estaban pendientes de su conversación.

El marqués hizo amago de hacerlo, pero Agnes lo asió por el brazo con rapidez.

—No es necesario, milord. Solo estaba bromeando con usted. Una disculpa sincera será más que suficiente.

—Es usted una mujer magnánima, Lady Agnes —halagó él con picardía.

Estaba a punto de comenzar con su disculpa, cuando el anfitrión se acercó hasta ellos para reclamar su baile y, seguramente, entendió Reece, para terminar con su conversación, protegiendo con ello a Lady Agnes. Gesto que no pudo más que agradecerle.

Estaba disfrutando demasiado de su conversación con la dama como para detenerse a pensar en la opinión que la alta sociedad tendría de su encuentro.

—Milady, el baile que me prometió está a punto de dar comienzo —dijo mientras le ofrecía la mano para que ella la cogiera—. Rockingham, me alegra que hayas salido de tu cueva por una noche —saludó con auténtico afecto—. Marianne tiene muchas ganas de saludarte, ve a bailar con ella. Esta noche está especialmente hermosa y no me fío de nadie.

—¿Y te fías de mí? —bromeó el marqués.

—Por supuesto. Siempre he sido más diestro que tú con la espada y más rápido con las armas.

Agnes sonrió ante la alusión al duelo, precisamente porque sabía que no era más que una broma entre amigos.

—Tienes razón, Torrington. No te preocupes, amigo, la protegeré hasta que vuelvas —se inclinó para despedirse de la dama, que se marchaba a la pista de baile del brazo del vizconde.

—No se olvide de lo que me debe, marqués —le dijo ella con una sonrisa tan traviesa como hermosa.

—Ni usted, milady, olvide que me debe un paseo en cabriolé —dijo con un guiño travieso.

Capítulo 16

Sophia estaba comenzando a sentirse mareada. Desde que el duque la había escoltado hasta donde se encontraba su hermana, las miradas de la alta sociedad, que parecía estar esperando el anuncio oficial del compromiso en el diario, no se separaban de su persona. Se sentía observada, y lo que era peor, sabía que era la protagonista de la mayoría de las conversaciones que sucedían esa noche.

Los únicos instantes en los que había tenido un poco de libertad era cuando tenía que cumplir con los bailes reservados. La conversación con sus parejas la hacían olvidarse, al menos temporalmente, del interés que despertaba.

—Creo que mi primo ha sido demasiado evidente al escoltarla hasta Lady Judith —comentó Lord Rutland mientras bailaba con Sophia—. En realidad, mis dos primos lo están siendo.

Sorprendida por la última parte del comentario, lo miró a los ojos en busca de una respuesta.

—¿No lo sabía? Rockingham también ha asistido al baile y ni siquiera se ha molestado en disimular el interés que siente por su hermana.

—¿Por qué debería disimular? —preguntó, a pesar de que no lo había visto desde su cumpleaños, el marqués le agradaba.

Él duque la miró perplejo.

—Es evidente que para no comprometerla.

—No veo en qué puede comprometerla su interés. Además —añadió muy seria—, su primo no me parece la clase de caballero que se interesa en una dama inocente si no es con un fin decente.

—¿Está diciendo que cree que mi primo pretende a su hermana en matrimonio?

Ella asintió.

—No veo por qué se sorprende tanto. Mi hermana no solo es hija y hermana de un vizconde, sino que además es hermosa y posee una cuantiosa dote.

—Por favor, no se ofenda —se disculpó—, no trataba de decir que su hermana no mereciera a un marqués sino más bien que mi primo no es de los que se casa.

—Su primo dispone de un doble título, es evidente que tarde o temprano tendrá que hacerlo. La necesidad de proveer al marquesado con un heredero debe de ser algo que se le haya inculcado desde la cuna. Igual que sucede con la mayoría de los nobles que están aquí esta noche, excelencia.

El duque no respondió, y durante el resto del baile no volvió a decir nada. Sophia tuvo la sensación de que acababa de comprender cuál era el motivo que había llevado a su primo a adentrarse entre la alta sociedad a la que tanto había evitado hasta el momento.

Fue la aparición del Grafton, tras el baile, la que sacó al duque de Rutland de su estupor. A pesar de ello no tardó en disculparse con extremada cortesía y alejarse entre la multitud.

Era la primera vez, desde que Andrew la acompañó a saludar a su hermana, que se acercaba a ella, y solo lo hacía porque el siguiente baile lo había reservado él. No obstante, aunque Sophia sabía que iba a disponer de la ocasión de hablar con él, lo que deseaba decirle era demasiado privado como para airearlo en medio de la pista de baile.

—Podemos hablar... en privado —preguntó Sophia, aprovechando la marcha de Rutland.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que... he cambiado de opinión.

El duque la miró fijamente sin pestañear, aunque Sophia pudo vislumbrar cómo le temblaba un músculo en el mentón. ¿Tan horrible le parecía la idea?

Avergonzada por su reacción, que distaba enormemente de lo que ella había esperado, enrojeció violentamente hasta la raíz del pelo.

Sin mediar palabra, el duque la asió del brazo y la instó a acompañarle. Parecía tan decidido a cumplir con su petición, que ni siquiera se detuvo para devolverle el saludo a un grupo de damas que se toparon en su camino.

Cuando por fin se detuvo, estaban de nuevo, frente a la puerta de la biblioteca del vizconde.

—¡Entra! —exigió en un tono seco.

Sophia, confundida por su reacción, hizo lo que le pedía.

El duque cerró la puerta tras de sí y se posó contra ella como si pretendiera cortar cualquier vía de escape.

La única iluminación de la estancia era la luz de la luna que entraba por la ventana, lo que impedía que Sophia pudiera ver claramente su expresión. Aun así, por el tono de sus palabras no parecía muy complacido, sino más bien todo lo contrario.

—¿Qué significa que has cambiado de opinión? —habló en un tono tan gélido que Sophia sintió un escalofrío recorrerle la espalda—. Me has dado tu palabra de que te casarás conmigo. Ya le he solicitado a tu hermano una visita para mañana por la tarde. No...

—¡Por supuesto que me casaré contigo!

—¿Entonces? ¿Sobre qué has cambiado de opinión? —preguntó tratando de dulcificar su tono.

Sophia enrojeció y agradeció a la penumbra que Andrew no pudiera verle el rostro.

—Hablabas de otra cosa.

—Sé un poco más específica, querida —pidió él al ver que ella no tenía intención de continuar.

—Besos —susurró, avergonzada por haber tenido que decirlo en voz alta—. Ahora sí que deseo que me beses.

Fuera cual fuera la respuesta que el duque había esperado, no había duda de que no se esperaba que fuera esa porque tardó unos segundos en reaccionar.

—Tus deseos son órdenes para mí. Sobre todo, si pides cosas tan deliciosas —comentó una vez asimilada la petición de la dama.

El duque cruzó en dos zancadas la distancia que los separaba y se lanzó a complacerla.

Sophia notó una lluvia de besos que cayó sobre una mejilla y que fue bajando hasta detenerse sobre el lóbulo de su oreja. El aliento de él le quemaba la piel, aun así, la sensación era tan deliciosa que suspiró.

Tras los castos besos iniciales, sintió el roce de la lengua del duque mientras este recorría los recovecos tras su oreja y su garganta. Inmediatamente después, sus labios descendieron hasta su boca.

La estrechó con más fuerza entre sus brazos, decidido a demostrarle que la pasión era un sentimiento perfectamente normal. Y, aun así, la sensación de que todo era nuevo porque estaba con ella se hizo más fuerte.

Notó cómo Sophia se relajaba, se entregaba y se amoldaba a su cuerpo mientras aceptaba el ardor del beso, mientras exploraba su boca y se familiarizaba con las sensaciones con la misma sorpresa que lo embargaba a él.

Sentimientos que ni siquiera sabía que poseía, surgieron del interior de Andrew inesperadamente. Cuando ella le dijo que había cambiado de opinión ni siquiera pensó en lo que eso suponía para su hermana y para su plan, no. En lo único en lo que podía pensar era en que ya no podría tenerla, en que no podría disfrutar de su compañía, de agudo ingenio tan compatible al suyo.

Las emociones que surgieron tras sus palabras, provenían de un lugar tan profundo que le resultaba desconocido. No estaba preparado para su asalto, carecía de protección y por ende acabaron convirtiéndose en una vorágine de anhelo tan poderosa que perdió el equilibrio y trastabilló hacia atrás hasta encontrar el apoyo de uno de los sillones de la biblioteca del vizconde.

—Creo que será mejor que nos detengamos aquí, querida —pidió haciendo un esfuerzo por controlar a su cuerpo y a su mente—. Como he dicho esta noche, para este matrimonio deseo hacer las cosas en el orden correcto. Y lo primero es convertirte en mi esposa.

Capítulo 17

El duque de Grafton estaba preparándose para visitar al vizconde Edgehill, al que pretendía solicitarle la mano de su hermana en matrimonio, cuando un lacayo llegó con una nota urgente de parte de la vizcondesa Portman. Lo que, generalmente, no auguraba nada bueno.

Sin pensar en nada más, el duque salió de casa a toda prisa, preocupado por lo que su hermana tuviera que decirle; hasta la noche anterior el vizconde seguía en Dover, no obstante, existía la posibilidad de que hubiera regresado a Londres y de que, una vez más, hubiera agredido a Judith.

Maquinando múltiples maneras de acabar con él, subió los escalones de la mansión del vizconde y entró en la casa bramando el nombre de su hermana.

Mostrando su temple Milford, se mantuvo impasible.

—La vizcondesa está en su saloncito, excelencia —expuso sin alterarse.

—¿En su saloncito?

El mayordomo asintió y el duque, más relajado, se fijó en los pequeños detalles que en su desesperación no había advertido, como el riguroso luto en el atuendo de los criados o el silencio que reinaba en la mansión, donde las flores que su hermana siempre mandaba poner en la entrada habían desaparecido.

—¿Qué ha sucedido?

—El vizconde ha tenido un accidente —expuso el mayordomo sin entrar en detalles.

El duque tampoco se detuvo a pedirlos, sino que se encaminó a toda prisa hasta donde se encontraba su hermana, abrumado por la amalgama de sentimientos que le embargaban. Por un lado, sentía esperanza y por el otro temía albergarla por si la posterior decepción era mayor.

—¡Jud! —llamó, entrando al saloncito privado de la vizcondesa.

Su hermana estaba escribiendo una nota, pero se levantó en cuanto lo vio entrar.

—¿Robert? —preguntó, preocupado por su sobrino.

Ella negó con la cabeza. Vestía completamente de negro e iba sin joyas. A excepción del anillo de bodas y el de compromiso.

—Está con Louise. Todavía no sabe nada.

Se relajó al escuchar la respuesta.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Te he llamado tan pronto como lo he sabido. Ha muerto, Andrew, acaba de llegarme una nota de su madre. Dice que se ha caído del caballo mientras cabalgaba con el administrador de la finca y el guardabosques. Al parecer estaban revisando uno de los puentes del que se habían desprendido unas rocas y al caer se ha dado con una de ellas en la cabeza.

—¿Estás segura de que no está malherido?

—Completamente. ¡Está muerto! Que Dios me perdone por alegrarme, pero así es —hizo una pausa para tratar de calmarse—. Se ha terminado, Andrew. Ya no es necesario que te cases con Lady Sophia.

—Sí que lo es, Jud.

Su hermana le lanzó una mirada horrorizada.

—¿No me digas que la has deshonrado? Andrew, ¿cómo has podido?

—No he hecho tal cosa, Jud. No se trata de eso.

—¿Entonces? Eres libres. Somos libres.

—Jud...

—Si te preocupan las habladurías, no lo hagas, estoy segura de que pasaran en cuanto aparezca un nuevo escándalo, siempre es así. —Alzó la mano y le acarició la mejilla a su hermano, quien estaba tan tenso que preocupó a la vizcondesa—. Me sentía tan culpable contigo por tener que permitir que te casaras solo para poder salvarme, pero ahora no es necesario que lo hagas. Puedes elegir una esposa porque la amas y no porque sea conveniente para nuestros planes...

—¡Vámonos, Sophia! —dijo una voz inesperadamente a sus espaldas.

Los dos hermanos se dieron la vuelta sobresaltados para toparse con la cara horrorizada de Milford y de las dos damas Carroway tras él.

El duque se quedó petrificado viendo el rostro de Lady Sophia, que parecía tallado en mármol dada la blancura que había adquirido su tez, ya de por sí pálida.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó la vizcondesa, tapando su boca con la mano como si con ello pudiera recuperar las palabras que había pronunciado.

Ni siquiera Milford, con toda su templanza, fue capaz de hacer nada ante semejante situación. Fue Lady Agnes la primera en reaccionar, asió la mano de su hermana y, tirando de ella, la sacó del saloncito y seguramente también de la mansión.

Pasaron unos segundos antes de que nadie dijera nada. El mayordomo se retiró discretamente y fue Lady Judith la que tomó la iniciativa.

—Andrew ¿qué vamos a hacer? —inquirió la vizcondesa—. Si esta conversación sale a la luz estaremos arruinados.

Fueron las palabras de su hermana las que lo sacaron de golpe de su estupor. ¿Arruinados? ¿A su hermana solo le importaba que su conversación se hiciera pública? ¿Qué la gente supiera el odio que sentía por su esposo? ¿Acaso no tenía siquiera un poco de compasión por Sophia?

—¿Cómo dices?

—No creo que vayan a decir nada —siguió Judith—, porque hacerlo no las beneficiaría tampoco...

—¡Basta, Jud! ¿Qué te ha hecho ese bastardo, que eres incapaz de sentir empatía por Lady Sophia?

Su hermana parpadeó sorprendida por el inesperado arrebató.

—Acabamos de humillar a una persona, Jud. ¿Es que no puedes verlo? Ha escuchado que el único motivo por el que la cortejé era porque era adecuada para nuestros planes. Como si fuera un objeto suplantable.

—No, Andrew, yo solo pretendía salvarte.

—Ni siquiera te importa que la haya perseguido públicamente, lo que ha hecho que la gente especule sobre cuándo saldrá el anuncio

oficial de nuestro compromiso. ¿No te reconozco, hermana? Tú no eras así.

La vizcondesa, consciente de que lo que decía el duque era la pura verdad y, avergonzada por su actitud, estalló en lágrimas. Lágrimas de vergüenza y de pena, vergüenza de sí misma y pena por Lady Sophia a quien, seguramente, le había hecho pasar uno de los momentos más humillantes de su vida.

—Perdóname, por favor —pidió entre lágrimas.

—No hay nada que perdonar. Eres mi hermana y siempre te querré —trató de consolarla el duque, abrazándola.

Ella alzó la cabeza para mirarle a través de sus ojos empañados por las lágrimas.

—¿La quieres, Andrew?

Su hermano asintió secamente, avergonzado por tener que admitirlo tan públicamente.

—Entonces ve a buscarla y aclara el malentendido. Dile que deseas casarte con ella porque la amas y no porque sea conveniente. Yo también me disculparé con ella en cuanto pueda. Incluso te doy permiso para que le cuentes la verdad.

—Debería acompañarte a Dover —sentenció Grafton.

—Así es, pero primero haz lo que debes.

El duque asintió con vehemencia.

Capítulo 18

Sophia no podía llorar, ni una sola lágrima había escapado de sus ojos, a pesar de lo humillada y desgraciada que se sentía.

El duque no había mencionado la palabra amor en ninguno de sus encuentros, no obstante, ella había estado casi segura de que él sentía algo similar al amor por ella y, descubrir de la peor manera que no era así la había dejado tan deshecha, que ni siquiera se sentía con fuerzas para pedirle explicaciones.

Y Lady Judith... Sus comentarios habían sido tan hirientes y egoístas que no habían hecho más que darle el golpe de gracia que le faltaba a su maltrecho amor propio.

La puerta de su dormitorio se abrió con suavidad y Agnes entró en la estancia.

De no haber sido por su hermana, seguiría allí parada en medio del salón de la vizcondesa, viendo como sus sueños se desmoronaban ante ella.

—El duque está en el despacho hablando con Phillip en este momento. Creo que a pesar de las palabras de su hermana ha venido a pedir tu mano —anunció Agnes, sentándose junto a su hermana en la cama en la que ella estaba tendida.

—¿Estás segura de que está aquí?

—Le he visto con mis propios ojos. ¿Qué vas a hacer?

—Casarme con él.

Agnes no pareció sorprendida por la respuesta, conocía a su hermana perfectamente y sabía que Sophia no lo dejaría correr sin plantar pelea.

—¿Estás segura de que es eso lo que deseas? —preguntó muy seria.

—Por supuesto. El duque es uno de los mejores partidos de esta temporada. Estaría loca si no aceptara su propuesta. Después de todo, ¿quién se casa por amor en estos días?

Agnes decidió que era mejor no responder y trató de cambiar a un tema menos comprometido.

—Pero si el vizconde Portman ha fallecido, la boda tendrá que esperar a que pase el luto.

Sophia negó con la cabeza.

—No tengo la intención de esperar. Si desea casarse conmigo será en ocho semanas como mucho.

Esa respuesta sí que escandalizó a su hermana.

—Si te casas antes de que pase el luto la gente supondrá que lo haces porque hay un motivo de peso para ello.

—¡Así es!

—¡Sophia! Tu reputación se pondrá en tela de juicio.

—En ese caso el duque no solo acabará casado con una dama a la que no ama sino con una de dudosa reputación. —Y añadió con una sonrisa forzada—. Se merece que le demuestre lo adecuada que soy para sus planes —dijo haciendo mención a las palabras de la vizcondesa.

—Ese tipo de venganza solo te hará daño a ti misma —replicó su hermana.

—No será un daño permanente. Pasará cuando la sociedad vea que no estoy embarazada.

—¿Y qué sucederá si te embarazas después de casarte? ¿Y si el niño nace antes de que se cumplan los nueve meses? Los partos se adelantan, Sophia, eso no se puede controlar.

—No te preocupes por algo que nunca va a suceder.

—Eso no lo sabes —insistió Agnes.

—¡Lo sé! Porque no voy a permitir que me toque.

—¡Sophia!

—El duque tendrá a la esposa que necesita solo que no será tan conveniente como él creía.

El duque de Grafton decidió que lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias, era ser lo más sincero posible sin comprometer a Judith, con el vizconde Edgehill.

—¿Me está diciendo que originalmente escogió a mi hermana porque su carácter la hacía adecuada para ser su esposa, pero que con el paso de los días se enamoró de ella?

—Así es.

—¿Y cuál es el problema? ¿No es eso lo que normalmente mueve a las personas a querer casarse?

—El problema es que Lady Sophia nos escuchó hablar a mi hermana y a mí, y es posible que me haya malinterpretado.

—¡Entiendo! —Phillip hizo una pausa para aclarar sus sentimientos antes de hablar de nuevo—. Quiero que entienda, excelencia, que no voy a obligar a mi hermana a que lo acepte, no obstante, si ella lo hace será más que bienvenido a nuestra familia.

—¡Gracias, Edgehill!

—Ya la he mandado a llamar. No tardará en bajar.

El duque asintió.

—Como le he dicho, no voy a obligarla a aceptarle, por lo que primero hablaré yo con ella, y después les dejaré a solas para que haga su petición.

El duque iba a responder, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta. Se levantó para recibir a la que esperaba fuera en breve su prometida y esperó a que ella entrara.

Sophia no tenía el aspecto de alguien que acabara de llorar, lo que lo tranquilizó profundamente. Tras asegurarse de que estaba bien, se disculpó con los dos hermanos y abandonó el despacho del vizconde.

No fue lejos. Se quedó en la puerta, paseando de un lado a otro y, aunque agradeció la invitación de la vizcondesa de que la acompañara al salón hasta que su esposo terminara su reunión con su hermana, él se negó a moverse de allí. Ansioso por conocer la respuesta que Sophia iba a dar a su petición.

—Excelencia —saludó Lady Agnes apareciendo de la nada.

—Milady —se inclinó en una escueta reverencia.

—Creo que es consciente de que tenemos una conversación pendiente —dijo ella con férrea determinación.

El duque asintió.

—Mis hermanos van a tardar un rato en terminar. ¿Por qué no me acompaña a dar un paseo por el jardín? Alfred nos avisará cuando terminen.

A pesar de haber sido capaz de rechazar la invitación de Lady Caroline, el duque se vio incapaz de hacer lo propio con la que esperaba fuera su cuñada. De modo que la siguió, sabedor de que iba a recibir una bien merecida reprimenda.

Lady Agnes no se dio la vuelta para comprobar que la seguía hasta que salieron a la parte delantera del jardín del vizconde.

—Mi hermana cree que de las dos ella es la protectora, pero no es cierto. Puede que mi carácter sea tímido en comparación al de ella, pero cuando se trata de proteger a mi hermana puedo ser feroz.

El duque asintió con admiración.

—Por lo que me veo en el derecho de pedirle que no se case con ella si no la ama. —Siguió muy seria—. Puede que ella crea que puede tolerar, e incluso ser feliz en un matrimonio sin amor, pero yo sé que no es cierto. Sophia se marchitaría viviendo de ese modo.

—Amo a su hermana profundamente, milady —confesó el duque con solemnidad. Le había resultado incómodo confesarlo ante su propia hermana, en cambio, le resultó fácil hacerlo ante Lady Agnes.

La dama arqueó una ceja y fijó los ojos en los suyos. Puede que fuera un duque y que ocupara uno de los escaños más importantes de la cámara de los lores, pero ella no iba a amilanarse con nadie si la felicidad de su hermana estaba en juego.

—Entonces ¿por qué no se lo ha dicho? ¿Por qué permitió que su hermana dijera esas cosas sobre la mujer que ama?

—Las circunstancias de mi hermana son... delicadas. Ella...

Agnes le interrumpió abruptamente.

—No es a mí a quien debe contárselo, excelencia —y tras semejante respuesta se dio la vuelta y se alejó de regreso a la casa, dejándolo solo con sus pensamientos y sus temores.

Capítulo 19

Phillip la había dejado sola para que hablara con el duque y, aunque una parte de ella se lo agradecía, otra parte, solo podía pensar en que no iba a ser capaz de contenerse otra vez si él volvía a hacerle daño.

El recuerdo de la conversación, de la que había sido testigo involuntario, se reproducía una y otra vez en su mente, y lo único que la mantenía en pie era, muy a su pesar, la certeza de que, fuera por lástima o por honor, el duque estaba decidido a casarse con ella. A pesar de los consejos de su hermana, la vizcondesa.

Expectante por encontrarse con él, contuvo la respiración cuando se abrió la puerta del despacho de Phillip, y el duque entró en la estancia. No vestía de negro riguroso, pero sí que llevaba el luto apropiado para los caballeros de su categoría.

—Sophia —dijo con una voz profunda, y esta se dio cuenta de que no estaba para nada seguro de cuál iba a ser su respuesta, lo que le dio cierta satisfacción en medio del caos que era su vida en esos instantes.

—Excelencia.

Entró por completo y se detuvo frente a ella, que se había puesto de pie para recibirle.

—Lamento que hayas sido testigo de la conversación entre mi hermana y yo y, aunque ahora mismo no dispongo de tiempo para explicártelo todo, sí que deseo que creas en mí y que me hagas el honor de ser mi esposa.

Ella se mantuvo en silencio más tiempo del necesario, y aunque el duque trató de parecer sereno, un músculo en su mandíbula delató su intranquilidad.

—Le he dicho a mi hermano que acepto casarme contigo, no obstante, tengo una condición que deberás cumplir si deseas que me convierta en tu duquesa.

—Haré lo que desees.

Sophia ladeó la cabeza con coquetería.

—No estoy dispuesta a esperar a que finalice el luto por la muerte de tu cuñado. Si deseas casarte conmigo tendrá que ser, como muy tarde, dentro de ocho semanas, que es plazo que mi hermana y yo necesitamos para organizar la boda.

—No me opongo a que nos casemos cuanto antes.

—¿Eres consciente de que habrá un escándalo?

—Retaré a cualquiera que insinúe nada sobre ti —habló con vehemencia.

A pesar de sus esfuerzos por mantenerse impasible, su actitud protectora la emocionó. Tuvo que recordarse a sí misma que para él no era nada más que una dama conveniente para seguir con sus planes.

—Eres consciente de que tu hermana no podrá asistir a nuestra boda.

—Me casaré contigo pase lo que pase.

—En ese caso, excelencia, acepto su propuesta.

El duque de Grafton pareció relajarse con su respuesta. Acto seguido sacó del bolsillo de su chaleco una cajita que abrió frente a ella. El anillo de compromiso era un zafiro del mismo color de los ojos de Sophia, e iba rodeado de pequeños diamantes que realzaban el corte de pera de la joya.

—Es muy hermoso.

—No tanto como tú —anunció sin despegar sus ojos de los de ella. Y del mismo modo asió su mano y deslizó el anillo en su dedo anular—. ¿Puedo besarte?

Ella asintió.

—Supongo que es el modo correcto de sellar este tipo de contratos.

—Esto no es un contrato —respondió en un tono tajante—. Ahora no dispongo de tiempo para explicártelo porque he de acompañar a la vizcondesa a Dover para el sepelio, pero en cuanto regrese te hablaré de todo.

Sophia no respondió ni hizo gesto alguno que diera a entender que lo había escuchado.

El duque, decidido a mostrarle de otro modo distinto a las palabras sobre lo que sentía, se inclinó sobre ella y posó sus labios

sobre los de su amada.

La reacción de la dama fue instantánea, su cerebro dejó de preocuparse por los sentimientos y se dejó llevar por lo que le contaban sus labios.

Capítulo 20

El anuncio del compromiso de la pareja salió la misma tarde en la que el duque y Lady Sophia se comprometieron.

El duque, quien tenía previsto acompañar a su hermana, la vizcondesa, a Dover, para asistir al sepelio de su esposo, quien había fallecido trágicamente al caer del caballo en una inspección a su finca, se hizo cargo de que la noticia llegara a la prensa antes de que la muerte de su cuñado fuera conocida por la alta sociedad. Tratando de ese modo de mitigar cualquier posible habladería que afectara a su prometida.

No obstante, tampoco regresó a Londres hasta una semana después, con lo que Lady Sophia se vio obligada a recibir las felicitaciones y a fingir que no escuchaba los comentarios de las matronas que, molestas por perder al duque de la lista de jóvenes casaderos con título, lanzaban a todo aquel que estuviera dispuesto a escuchar.

Gracias a Dios, contaba con el apoyo incondicional de su hermano y de sus amigos más íntimos, que no la dejaron sola en ningún momento.

Incluso, el duque de Rutland, a quien Sophia había apreciado sinceramente antes de los desplantes a su hermana, estuvo pendiente de ella.

Una semana y dos días después, recibió un ramo de flores y una nota de su prometido avisándola de que había regresado. Aun así, pasó una semana más antes de que se vieran y el encuentro fue en el salón de su cuñada con su hermana y Caro presentes.

Debido al luto, el duque no podía asistir a ningún baile, lo que entorpecía su noviazgo y lo limitaba a las visitas para tomar el té, o a discretos paseos por las zonas menos concurridas de Hyde Park.

Si a todo ello se le añadía el hecho de que las mujeres Carroway estaban en plena organización de una boda, las visitas fueron más bien escasas. Entre unas cosas y otras, cuando llegó el día de la boda, Sophia y el duque solo se habían encontrado cinco veces, de

las cuales solo estuvieron a solas una media hora y, solo porque Agnes había favorecido dicho encuentro llevándose a Caroline con una excusa.

Con un noviazgo tan corto como comentado, el novio y la novia se encontraron en la iglesia de Saint George en Hanover Square, que estaba a rebosar de invitados y de curiosos que no querían perderse el enlace de la temporada.

A pesar del luto, Sophia había insistido en organizar una boda digna de un duque y, tal y como había prometido, su ya marido no se había opuesto a ello, por lo que el desayuno de matrimonio lo había ofrecido el vizconde Edgehill y no había reparado en gastos.

—Eres la novia más bonita que he visto nunca —la abrazó Agnes, cuando su hermana regresó a casa como una mujer casada.

Se había servido el desayuno, y Sophia había recibido las felicitaciones de los invitados, con lo que solo le restaba cambiarse de ropa y marcharse a su nuevo hogar, la mansión del duque de Grafton, en Grosvenor Square.

—¿De veras? Con lo que protestaste cuando te dije que deseaba que Madame Fontaine me confeccionara mi vestido de boda.

Agnes arrugó el ceño.

—Lo cierto es que no me esperaba que fuera capaz de hacer algo tan bonito —comentó, mirando la preciosa seda lavanda adornada con hilo de plata. Tanto el color como el corte resaltaban la esbelta figura de Sophia.

—Tienes que confiar más en mí —la regañó con una sonrisa.

Su hermana iba a replicar, cuando la aparición de la marquesa de Hawkscliffe cortó la conversación.

—Agnes, querida, déjame a solas con tu hermana —pidió con una sonrisa afectuosa—. Tengo que hablar con ella del matrimonio. Cuando te cases te contaré lo mismo.

Lady Agnes sonrió con vergüenza y desapareció a toda prisa.

—Ahora que estamos a solas, querida, dime ¿te ha contado Caroline algo de lo que sucede en el lecho conyugal o solo se ha limitado a enrojecer sin decir nada con sentido?

Aunque Sophia hubiera querido defender a su cuñada, no habría podido hacerlo porque Alice la conocía lo suficientemente bien como

para saber cuál había sido la reacción exacta de la vizcondesa.

—Entiendo —siguió la marquesa—, en ese caso será mejor que me escuches.

—Alice, ¿puedo preguntarte algo antes de que digas nada?

—Por supuesto, querida.

—¿Qué debe hacer un hombre para dejar a su esposa embarazada?

Contra todo pronóstico, Lady Alice enrojeció hasta la raíz del pelo y se tocó el vientre.

—Creo que será mejor que nos escapemos al saloncito de Caroline unos minutos.

Capítulo 21

Apenas hacía unas horas que se había convertido en la duquesa de Grafton y su vida ya había dado un giro de ciento ochenta grados. Desde el momento en que cruzó la puerta de su nuevo hogar, y Andrew la presentó a los criados, se había transformado en la dueña de la casa, con todas las responsabilidades que ello comportaba.

El ama de llaves ya la había informado de que deseaba reunirse con ella para organizar el menú de la semana, y el mayordomo le había consultado la hora a la que deseaba que se sirviera la cena. Y por si eso no fuera suficiente para un solo día, se encontraba en una casa que le era ajena, en un dormitorio nuevo, con un esposo esperándola al otro lado de la puerta.

La única parte que podía alegrarla era que, gracias a Alice, ya sabía lo que debía permitirle y lo que no, a su esposo, para evitar quedarse embarazada.

Dio gracias de que los besos estuvieran permitidos, porque por muy dolida que estuviera con Andrew, que la besara era una de las mejores sensaciones que nunca había experimentado. Incluso había sido capaz de disfrutar del que habían compartido en la iglesia, cuando fueron declarados marido y mujer, ni siquiera el que todo el mundo estuviera mirando había restado un ápice a la emoción que le suponía besarlo.

Una llamada en la puerta lateral, la que comunicaba su dormitorio con el del duque, la sobresaltó.

—¡Pase! —dijo alzando la voz para hacerse oír.

Unos instantes después su esposo apareció por ella.

—Solo he venido para comprobar si necesitas algo —dijo con amabilidad—. ¿Te gustan tus habitaciones? Por supuesto, puedes redecorarlas como desees.

Sophia asintió.

—Me gusta como están.

—¡Me alegro!

—¿Vamos a dormir en cuartos separados? —preguntó sorprendiendo a su marido.

Habían tenido tan poco tiempo para hablar entre ellos, una vez que se formalizó el compromiso, que no estaba segura de nada.

Los ojos de Andrew brillaron con una emoción que Sophia no supo descifrar.

—¿Qué deseas tú?

—Mi hermano y mi cuñada comparten dormitorio, igual que lo hacen el marqués y la marquesa de Hawksclife. —Esa parte la sabía porque la propia Lady Alice se lo había confesado esa misma mañana, cuando la puso al tanto de lo que sucedía entre una mujer y su esposo cuando estos se quedaban a solas.

—¿Entonces...?

—Me gustaría hacer lo mismo. Si estás de acuerdo.

La sonrisa de oreja a oreja de su marido le dio la respuesta antes de que este la verbalizara.

—Creo que este trato hay que cerrarlo —dijo él, acercándose a ella y rodeándola con los brazos.

Antes de que Sophia pudiera comprender a qué se refería exactamente con sus palabras, el duque se lo mostró agachando la cabeza y besándola.

La sorpresa y su propia reacción al beso le impidieron escapar de la electrizante sensación de sus labios y de la presión de su boca, que se apoderaba de la suya.

Alice le había dicho que los besos estaban permitidos, pero que si se dejaba llevar demasiado por ellos lo demás vendría sin que siquiera se diera cuenta, por lo que sabía que debía de ser cautelosa. No obstante, el aroma masculino que emanaba del duque se le coló por la nariz y la embriagó con anhelos y pasión.

Le colocó las manos en los hombros. Y acto seguido le rodeó el cuello y lo abrazó, perdida en el beso. Se suponía que debía separarse si pretendía cumplir con lo que se había propuesto, pero la calidez de su esposo era tan deliciosa que la idea de apartarse de él le producía escalofríos.

No fue que las advertencias de Alice acudieron a su mente en tropel hasta que las manos de su esposo se deslizaron por su

espalda hasta aferrarle el trasero y pegarla más contra él, contra su entrepierna.

—No —dijo, al tiempo que se apartaba.

—¿Qué sucede?

—No podemos hacerlo —dijo ella, muy seria—, besarnos sí, pero nada más que eso.

—¿De qué hablas, querida? Ahora estamos casados.

—¡Lo sé! Pero no puedes tocarme del modo en que los esposos tocan a sus esposas hasta dentro de unos meses —explicó disfrutando del desconcierto que sus palabras estaban causando en su marido.

—Sophia, ¿de qué estás hablando?

—Si me quedo embarazada ahora será un escándalo, por eso es mejor que esperemos unos meses. Necesitamos mostrarle a la alta sociedad que no nos hemos casado porque yo estuviera en estado.

—¡Esto es absurdo! Estamos casados, es cierto que si te quedaras embarazada hablarán, pero nuestro hijo sería legítimo. El fruto de un matrimonio.

—No podemos, Andrew. Además —dijo jugando su última baza—, recuerdo que en el baile del vizconde Torrigton me dijiste que no harías nada si yo no lo deseaba. Que respetarías mi opinión.

—¡Te dije que no haría nada hasta que estuviésemos casados! —Dijo, exasperado—. ¿Pretendes que duerma cada noche junto a ti sin tocarte?

Ella le ofreció una sonrisa que fingía ser cándida.

—Ya te he dicho que los besos están permitidos.

El duque rugió y abandonó el dormitorio de su esposa frustrado y enfadado a partes iguales.

Capítulo 22

El duque llevaba dos semanas de casado y ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado que el matrimonio lo tendría en el estado de irritabilidad extrema en el que vivía. Dos semanas en las que se acostaba junto a la mujer que amaba, y en las que esta solo le permitía besarla; por supuesto, hasta que los besos se volvían demasiado tórridos y ella se apartaba para conservar su virtud.

En esas ocasiones se daba la vuelta en la cama, frustrado y adolorido mientras trataba de olvidarse de la imagen de su esposa envuelta en los fascinantes camisones semitransparentes que se ponía cada noche con el único fin de atormentarle hasta la locura.

Durante ese tiempo había estado tan obsesionado con aquello que no podía tener, que había ido postergando la conversación que tenía pendiente con Sophia. No obstante, ahora que la temporada había terminado y que su marcha a Euston Hall, su hogar en el condado de Essex, era inminente, tenía que poner a su esposa al tanto de lo que había sido su vida durante los últimos años. Si no lo hacía, la convivencia entre Judith y ella sería insoportable y, aunque adoraba a su esposa por encima de todo, no podía dejar a su hermana sola en Londres o en Dover con su suegra. La mujer que había sabido de primera mano la clase de persona que era su hijo y, aun así, lo había cobijado siempre.

Por ese motivo tenía la intención de invitar a Judith y a su sobrino, Robert, a pasar una larga estancia en su hogar. La casa ancestral de los duques de Grafton.

Con esa idea en mente, le pidió a Hobson que informara a su esposa que la esperaba en su despacho.

—Su excelencia solicita su presencia en su gabinete, duquesa — anunció el mayordomo cuando ella bajó a cenar esa misma noche.

—Gracias, Hobson.

Sorprendida por la petición de su esposo, se encaminó hasta su despacho llena de curiosidad.

Llamó a la puerta y, cuando la voz de este la invitó a pasar, entró dispuesta a escuchar lo que fuera que el duque quisiera decirle.

No obstante, al entrar en el despacho se dedicó a observar lo que la rodeaba. Tanto Hobson como el ama de llaves le habían hecho una visita guiada por la mansión, pero a diferencia de con las otras habitaciones, donde habían entrado, los criados se habían limitado a señalar el despacho y a abrir la puerta unos instantes antes de volver a ponerse en marcha y mostrarle el resto de la casa.

La estancia era claramente masculina. No solo por el color de las cortinas, las alfombras y los muebles, sino también por el aroma a brandi y a tabaco que se sentía en el ambiente.

—¿Deseabas verme?

El duque asintió.

—He retrasado la cena —anunció—. ¿Te apetece acompañarme con una copa de oporto o prefieres ratafía?

Sophia asintió.

—El oporto será perfecto. Gracias.

No estaba segura de haber probado el oporto antes, pero esa era una ocasión perfecta para beberlo.

Su esposo le sirvió una copa y se la tendió circunspecto.

—Toma asiento, por favor, hay algo de lo que deseo hablarte. Llevo tiempo queriendo hacerlo, pero nunca he encontrado el momento oportuno.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella preocupada por la seriedad de su semblante y de su tono.

—Perfectamente, querida. Gracias por tu preocupación. Deseo hablarte de otra cosa —hizo una pausa—. En realidad deseo explicarte aquella conversación que escuchaste entre mi hermana y yo.

—No creo que... —Sophia no tenía ganas de recordar aquella escena.

En las pocas semanas que llevaba casada se había cuestionado en más de una ocasión si estaba obrando bien al evitar a su esposo. Andrew había aceptado todo lo que ella le había pedido y no porque no la deseara, sino porque la respetaba por encima de todo.

De hecho, incluso existía la posibilidad de que incluso la amara, aunque no se lo hubiese dicho nunca con todas las palabras. Todo ello la hacía vacilar casi cada día en su determinación.

Después de todo, a ella misma le costaba cada vez más apartarse de sus caricias cuando los besos se intensificaban.

—El vizconde golpeaba a mi hermana —dijo sin preámbulos—. La golpeaba tanto y tan a menudo que vivía con el temor a que en cualquier momento me llegara el aviso de que mi hermana había muerto de una paliza.

—¡Oh! —gritó ella, completamente horrorizada.

—Y lo peor de todo era que yo no podía hacer nada para evitarlo. Judith le pertenecía y podía hacer con ella lo que quisiera sin que ninguna ley pudiera evitarlo.

—¡Lo siento tanto, querido! —dijo ella, levantándose de donde se había sentado y acercándose hasta él.

Su esposo, que seguía sentado, la abrazó por la cintura y enterró la cabeza en su estómago.

—Debió de haber sido horrible para ti —comentó al tiempo que le acariciaba el cabello.

—Lo fue. Fue tan horrible que tanto a mi hermana como a mí dejó de importarnos el escándalo. El único motivo por el que finalmente lo evitamos fue Robert; él es un niño inocente que no merecía que nadie empañara su futuro.

—Entiendo.

—Mi hermana y yo pensamos que, si me casaba con una dama con buenas conexiones familiares, alguien que, además, tuviera un carácter fuerte, lo bastante como para soportar el escándalo, ella podría abandonarle para siempre. Dejar Inglaterra y vivir lejos de él.

—Y me escogisteis a mí —no era una pregunta.

—Te escogí desde el instante en que mis ojos se posaron en ti. Me dije a mí mismo que lo hacía porque eras adecuada, cuando en realidad eras adecuada porque eras a quien yo deseaba como esposa.

Sophia no dijo nada. Estaba dispuesta a escuchar el relato hasta el final.

—Te amo. Me enamoré de ti en el instante en que me dijiste que me habías visto observarte.

—Pero eso fue...

—Así es —cortó él—. Te he querido desde el comienzo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque soy un necio y tardé demasiado en darme cuenta de que lo hacía.

—¡Oh, Andrew!

—Te amo tanto que estoy dispuesto a cumplir cualquier petición que me hagas. Incluso aquellas que me cuestan la cordura.

Durante unos segundos el silencio reinó en el despacho. Sophia seguía acariciándole el cabello, mientras que Andrew seguía abrazado a su cintura.

—Ya no tienes que hacerlo —dijo ella de pronto.

—¡Repítelo!

—Yo también te quiero, Andrew. Y no me importa si me dejas embarazada, de hecho, lo deseo. Deseo tener un hijo contigo, pero no porque necesites un heredero sino porque te amo.

—¿Estás segura?

—¿De que te amo? Completamente.

El duque se puso de pie tan rápido que Sophia se tambaleó hacia atrás de la sorpresa. Él la sujetó con fuerza para estabilizarla.

Sus ojos brillaban como si alguien avivara una hoguera encendida en ellos.

—¿Tienes hambre? ¿Deseas cenar ahora?

—No en este momento.

—¡Perfecto! Yo tampoco —dijo alzándola en brazos y saliendo del estudio sin soltarla.

—Andrew, los criados. Por favor, bájame.

—Al infierno con todos ellos. Eres mi esposa y tengo todo el derecho del mundo a cargarte si así lo deseo —bramó al tiempo que subía las escaleras a toda prisa de camino a su dormitorio.

Epílogo

El duque le había abierto su corazón, le había contado todo lo que lo había perturbado y preocupado durante años, y ahora que le había ofrecido todo lo que era y todo lo que tenía, podía hacerle ver lo mucho que la amaba y lo dispuesto que estaba a adorarla...

Decidido a mostrárselo, la desnudó con la misma rapidez con la que la había llevado hasta el dormitorio. Después, con suma delicadeza la dejó sobre la cama y se tumbó junto a ella. Ansioso por disfrutar de la postergada noche de bodas, movió la mano y la deslizó por debajo de la fina combinación que era lo único que le había dejado puesto.

Con los dedos, le acarició el pecho y Sophia gimió, tensando todo el cuerpo como respuesta. Quería apartarse, pero las caderas de Andrew la apresaron contra la cama, y lo único que pudo hacer fue moverse mientras él la torturaba con los dedos. Empezó a gemir, y él la besó, un beso largo y profundo que engulló sus gritos de pasión.

Mientras la besaba, su mano siguió moviéndose, dibujando su pecho, jugando con su pezón por debajo de la ropa. Sophia se estremeció, pero con su peso sobre el cuerpo no podía moverse, y una extraña sensación se fue apoderando de ella. Si los besos eran maravillosos, lo que le estaba haciendo era la gloria, por lo que empezó a desear más. Cuando él apartó la mano y se tumbó a su lado, ella volvió a gemir, pero esa vez de frustración.

Andrew se rio, pícaro:

—Creía solo estaban permitidos los besos. —Dijo mientras le subió la combinación hasta la cintura —. ¿De verdad puedo hacerlo?

Ella negó con la cabeza para asentir después.

La mano de él le recorrió la pierna, la cadera y los muslos. Sophia sentía cada caricia como si le ardiera la piel. La tensión que había dentro de su cuerpo fue a más, y cuando Andrew le acarició los oscuros rizos allí ocultos, sintió que toda ella se derretía

—Puedo parar —dijo, acariciándole ese lugar tan íntimo con un dedo—. ¿Estás segura de que puedo hacerlo? —volvió a preguntar, más que porque no estuviera seguro de que lo deseaba, lo hacía porque le gustaba escucharlo.

Sophia trató de responder, pero lo único que consiguió articular fue un desesperado:

—Sí

—¿Segura? —le preguntó él de nuevo con suavidad.

Ella alzó la cabeza para fulminarle con la mirada y él soltó una carcajada de pura diversión, que solo se cortó cuando se inclinó para besarla.

Mientras la besaba Andrew, comenzó a dibujar círculos en una zona muy concreta. Y la caricia, suave como una pluma, la hizo gemir de placer.

La excitación se volvió insoportable, y Sophia gritó el nombre de él al mismo tiempo que en su interior estallaba el placer más exquisito que hubiese sentido nunca. Las oleadas se fueron sucediendo una y otra vez mientras Andrew la acariciaba y ella seguía pronunciando su nombre.

Más tarde, cuando la embriaguez se desvaneció, notó que él apartaba la mano y abrió los ojos.

Antes de que pudiera asimilar lo que había pasado lo vio desnudarse, mostrándole por completo su maravilloso cuerpo. Alargó la mano para tocarle, pero él se lo impidió colocándose sobre ella. Sophia sintió el cálido peso de su esposo entre las piernas, seguido de una punzada de dolor, breve, pero intensa.

La sorpresa hizo que gritara, pero los cálidos besos que Andrew le prodigó por la garganta y la mejilla la hicieron olvidarse de nada que no fuera el placer de su contacto.

—Ahora voy a moverme con cuidado dentro de ti. Dime si te hago daño —pidió el duque con los dientes apretados por el esfuerzo de contenerse.

Sophia iba a responder cuando un ramalazo de placer la absorbió y su contestación se convirtió en gemido. Ante semejante respuesta Andrew siguió moviéndose dentro de ella, despacio primero y más

rápido después, acompasando sus embestidas a las respuestas ininteligibles de su esposa.

El clímax les llegó a ambos a la vez, potente y urgente.

No queriendo dejar caer su peso sobre ella, él se dio la vuelta con su esposa en brazos de modo que ella quedó sobre él.

Durante los siguientes minutos, disfrutaron del placer de estar juntos, hasta que Sophia, curiosa por lo que acababa de suceder preguntó:

—¿Crees que estoy embarazada?

El duque sonrió y le dio un cálido beso en la frente.

—Me temo, querida, que vamos a tener que repetirlo unas cuantas veces más antes de estar seguros de que lo estás.

Ella sonrió complacida por la respuesta.

—Hagámoslo, pues.

Próximamente

Una dama inocente

Lady Agnes Carroway estaba decidida a casarse esa misma temporada. Nada imposible dada su belleza y el linaje de su familia. El problema era que deseaba casarse por amor, igual que lo habían hecho sus hermanos y sus amigas.

De modo que para ello necesitaba asegurarse de que los dos caballeros que se disputaban su corazón lo hacían por el motivo correcto y no por salir vencedores en la rivalidad que desde niños ha marcado sus vidas.

Y si para lograr sus fines debe dejar de ser una dama inocente y transformarse en una mujer distinta, está más que dispuesta a hacerlo.



Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil *Lazos Inmortales* (Amazon). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Amazon), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Amazon), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ) e *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor* (Amazon), *Un beso arriesgado* (HQÑ), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (HQÑ), *El corazón de una dama* (HQÑ), *Enamorarse: clases prácticas* (HQÑ), *Te dije que no la tocaras más* (Amazon), *Amor sin instrucciones de uso* (Amazon).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Un duque para mí. Serie Nobles nº 1

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

Lady Brianna Warwick no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.

UN DUQUE
PARA
mí

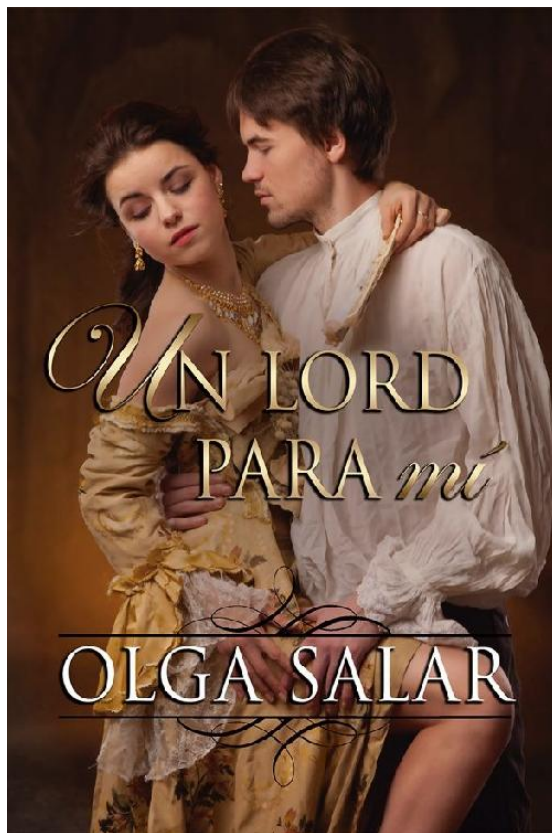


OLGA SALAR

Un lord para mí. Serie Nobles nº 2

Lady Victoria Warwick ha estado enamorada del mismo caballero desde que supo lo que era el amor, a pesar de que el caballero en cuestión prefiera a su hermana mayor, a pesar de haberlos visto besarse...

Lord Sebastian Middlethorpe estaba decidido a disfrutar un par de años más de su soltería, hasta que se dio cuenta de que cierta dama se había dado por vencida y no tenía en mente esperarlo.



Un vizconde para mí Series Nobles Nº 3

El sueño de Lady Caroline Whinthrope siempre había sido el de viajar a Italia para aprender las técnicas de pintura de los grandes maestros.

Tratando de complacerla, su hermano, el marqués de Hawkscliffe, le prepara la sorpresa como regalo en su vigésimo segundo cumpleaños. El problema es que el viaje no podría haber llegado en peor momento, justo cuando acaba de prometerse al hombre que ama.

Respaldada por él, ambos deciden mantenerlo en secreto para que Caroline pueda cumplir su sueño.

Lo que esta jamás hubiera imaginado era que se vería obligada a volver a toda prisa de Italia para evitar que su prometido cortejara a otra dama.



Un marqués para mí Series Nobles Nº 4

Lady Alice Alvanley estaba cansada de fingir que todo iba bien, cansada de sentirse sola e incomprendida, de que sus padres apenas tolerasen su presencia en sus vidas.

Por todo ello, había decidido independizarse de ellos y, ¿qué mejor manera de hacerlo que buscándose un marido que la sacara de allí?

Lucius Whinthrope no podía quitarse de la cabeza a la osada Lady Alice. Primero había tenido que intervenir para que esta no estropeará el compromiso de su hermana y, después de que este, por fin, se hubiera formalizado, parecía encontrársela allá donde fuera. ¿Se habría convertido el marqués en su nuevo objetivo?

